

*César Aira*

La confesión



Lectulandia

Parientes en un improbable árbol genealógico, que reúne al azar primos de príncipes de Petersburgo y cabecitas negras de las provincias, el Conde Vladimir Hilario Orlov, aristócrata del arte del relato, y Don Aniceto, gaucho viejo y socarrón, sobrellevan la velada con una auténtica tan irónica como cortés payada estilística: de un lado, la narración improvisada, de comienzo realista y final fantástico, hecha de misterio, sutileza y elegantes asimetrías, del otro, en desafiante contrapunto, la historia proletaria y miserabilista, cruel y transparente, del pobre marginal. Mientras tanto, una sola expectativa, un solo miedo visceral, ocupa masivamente la atención flotante del Conde, nueva encarnación del monstruo airiano y cultor seguramente de la ley suprema del astuto balzaciano el secreto: el terror a la revelación. Harán falta no poco virtuosismo y una buena dosis de elegancia años, tal vez, de virtuosismo y de elegancia para que la proliferación del relato no acabe en confesión.

**Lectulandia**

César Aira

# **La confesión**

ePub r1.0

Titivillus 13.11.16

César Aira, 2009

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

El Conde Vladimir Hilario Orlov fue presa de un barrunto de pánico al ver los cristales con imágenes en manos del niño. La fase crítica de la alarma duró apenas un instante. Se dominó, y después de asegurarse de que nadie había notado su sobresalto empezó a sopesar las alternativas de acción. Aunque no había mucho que hacer, más allá de mantenerse atento y listo para intervenir; ni siquiera debería levantarse, pues el sillón en el que estaba sentado casi tocaba la tarima del proyector; con sólo inclinarse y estirar el brazo podía alcanzarlo.

Al susto inicial lo había sucedido una malhumorada preocupación que se parecía a la angustia. Nunca había sentido ternura por los niños, pero este mocosito entrometido transformaba su desapego en un sordo furor. Lo habría apartado a manotazos, como a un insecto, de no haber testigos. Había previsto todas las posibles dificultades y humillaciones que le anticipaba la velada, pero nunca, ni remotamente, la aparición de esos cristales, hundidos, junto con los hechos que registraban, en lo más profundo de su olvido voluntario. Y de pronto, cuando menos lo esperaba, ahí los tenía, y en las manos por demás peligrosas de un inocente. Entre los dedos regordetes que los manipulaban con torpeza, sus colores metálicos desprendían un brillo tóxico.

¿De dónde los habría sacado? Del sótano, seguramente, donde el Conde había creído que estaban fuera del alcance de cualquier ser vivo, bajo montes de polvo y trastos sin inventariar. Ese niño tenía todos los rasgos, acentuados hasta el paroxismo, del entrometido voluntarioso y consentido, al que ninguna puerta le estaba vedada y ningún rincón le era inaccesible.

El episodio había sucedido más en su cuerpo que en su mente: era la sensación visceral, ya fácil de reconocer a esta altura de su vida y sus andanzas, de que estaba a punto de salir a luz algo que prefería que se mantuviera oculto. Y si lo prefería era porque lo necesitaba, y lo estaba necesitando desesperadamente. Que su mente participaba en forma marginal, y tardía, lo demostraba el hecho de que ni siquiera había recordado cuál era el secreto cuya revelación temía; se resistía a recordarlo, con un desgano fatalista. Tenía tantos secretos... Todo se le había hecho secreto y vergüenza. Para tapar una mentira tenía que volver a mentir, las temblorosas torres de sus embustes siempre estaban al borde del derrumbe. Debía andar con pies de plomo, sobre todo en las ocasiones especiales, porque había una especie de malevolencia de la suerte que quería que las amenazas fueran siempre inoportunas, como en este caso. Eso sí lo recordó, con toda claridad: había preparado esta ocasión como una apuesta suprema, de ahí el súbito espanto al vislumbrar los cristales, el susto de mujercita ante un ratón, tan indigno de su virilidad y de su aplomo de farsante inveterado. Claro que ya todas las ocasiones, hasta las más triviales, se le estaban volviendo apuestas supremas.

Los cristales seguían en manos del niño, que se inclinaba sobre el proyector con

ávido apuro, seguramente sospechando que su impunidad para tocar y encender y experimentar no duraría más que la distracción de los adultos. El Conde no sabía cómo funcionaba el aparato, si acaso funcionaba y no estaba ahí de adorno. Ya en otras casas había visto ejemplos de esa moda de usar como decoración, como objetos de arte, artefactos de tecnologías superadas. Éste era un proyector antiguo, o una linterna mágica. El niño tocaba todo, bajaba y subía las palancas, giraba las perillas, abría y cerraba las celdillas metálicas, forzando, trabando, como si lo hiciera adrede para romper. Y sin soltar los cristales, quizás con la intención de ponerlos en el aparato; quizás estaba buscando, sin método, la ranura donde entrarán; el Conde veía su fulgor sombrío entre los dedos cortos y nerviosos, dedos de pequeño demonio activo. Un milagro que no se le hubieran caído todavía. Pero lamentablemente no existía la posibilidad de que se rompieran, pues era un cristal grueso, tratado con un proceso químico que le daba cierta flexibilidad, en realidad era una superposición de cristales fundidos y laminados sobre las imágenes; las placas estaban enmarcadas de a dos en cuadrados gemelos de metal, uno al lado del otro, como las viejas diapositivas estereoscópicas, de las que debían de ser un antecedente. Los colores de las imágenes, rojos sanguinolentos, azules de azufre, verdes casi negros, eran a la vez oscuros y brillantes, se diría que fosforescentes, lo que podía deberse a que el resplandor provenía del núcleo de fundición. Ellos también representaban una tecnología obsoleta, y era improbable que se correspondiera con la del proyector.

El niño, uno de los innumerables vástagos de la ya abundante segunda generación de los Orlov, era gordo, no en exceso pero su corta estatura lo hacía parecer esférico, un globo. El aspecto lo simplificaba, lo volvía una figura cómica y sin consecuencias; nadie le llevaría mucho el apunte; pero las imágenes podían hablar por sí mismas. A esa impresión contribuía su indumentaria, que tanto podía ser anticuada como de la mayor actualidad, según los caprichosos regresos de la moda: saco negro de tela, camisa blanca, moñito, pantalones cortos, zapatos negros de charol con zoquetes blancos, y gorra con visera redonda. El Conde no sabía cómo se llamaba ni de quién era hijo; si se lo habían dicho alguna vez no había prestado atención, como no la prestaba nunca en asuntos concernientes a la reproducción familiar; tampoco hizo ningún esfuerzo por recordar.

Como habría podido esperarse, el niño se cansó pronto de una investigación que le estaba dando tan poco resultado, y saltó de la tarima para salir corriendo. Fue entonces que sucedió el accidente. El Conde no pudo prever lo que sucedería porque concentró toda su atención en las manos que habían tenido los cristales, y comprobó que ya no los tenían. No llegó a preguntarse dónde los había dejado, por la velocidad con que se sucedieron los hechos.

La mesita del proyector estaba sobre una tarima. El niño al irse, en lugar de saltar al suelo por el otro lado, donde tenía expedito el terreno para correr por el salón, eligió bajar por el lado del sillón, entre el cual y la tarima apenas si había espacio. Lo hizo corriendo, en ese perenne apuro sin objeto de los niños. Con su gordura, y su

impaciencia atropellada, enganchó con el codo un cable del proyector, que giró sobre su eje abriendo los laterales. Una punta metálica rozó la cara de uno de los hombres sentados en el sillón al lado del Conde. El niño ya se escabullía, sin percatarse de lo que había hecho. El hombre se echó atrás, llevándose una mano a la barbilla.

—¡Cuidado! —exclamó el Conde, demasiado tarde—. ¿Lo lastimó?

No tuteaba a estos parientes a los que apenas si conocía y no habría podido localizar en el intrincado árbol genealógico de los Orlov. Intrincado, y además extendido mucho más allá de los lazos de sangre. Los segundos y terceros matrimonios eran una constante en la familia, ya desde la generación anterior a él, y los hijos de matrimonios anteriores de los nuevos cónyuges se incorporaban al clan, trayendo con ellos tíos, cuñados, abuelos, gente que ya no tenía nada que ver con el tronco original; a las reuniones como ésta era normal que asistieran «parientes» que eran perfectos extraños entre sí. Además de la inestabilidad matrimonial, los Orlov habían practicado las migraciones internas en el país, y ahora la familia tenía ramas provincianas, con miembros de marcados rasgos criollos, algunos de ellos típicos «cabecitas negras» no sólo en la cara sino en las características socioculturales más notorias. ¡Qué dirían los lejanos primos de Petersburgo, los príncipes, que en alguna época, confundiendo en los borrosos horizontes sudamericanos a la Argentina con el Brasil o Ecuador, habían manifestado su temor de que llegara a haber «Orlovs negros»! Una resuelta fatalidad había querido que ese temor, que en tiempos pasados había llamado a risa, empezara a hacerse realidad, si bien en la Argentina la palabra «negro» se aplicaba por extensión a los portadores de algún gen indígena, cuando no a los pobres en general.

Sus dos ocasionales vecinos de sillón, uno joven y uno mayor, eran dos casos a punto. Morenos, rústicos, vestían con la vulgaridad opaca de proletarios endomingados, y tan callados y reconcentrados como las piedras de su hábitat natural. El joven, que era el que había sufrido el accidente, era pequeño, de cara achatada, las crenchas negras sujetas con una vincha. El otro, a medias recostado contra el respaldo y el brazo del sillón, parecía uno de esos viejos folkloristas borrachines del norte, y su indiferencia mineral no se alteró.

El accidentado seguía tocándose la cara; balbuceó algo como «no, no es nada», o «fue en la boca», aunque esto quizás lo había dicho el mismo Conde, que creyó ver un hilo de sangre en los labios negroides del sujeto, o en el mentón mal afeitado. Sea como fuera, ya se había inclinado sobre él, solícito, aunque estaba pensando: «¿y a mí qué me importa?». No habría podido decir, realmente, por qué estaba adoptando esta actitud de buen samaritano, tan ajena a su modo normal de ser. Quizás porque había iniciado el gesto y ya no podía detenerlo. Quizás porque estaba haciendo buena letra y quería desmentir preventivamente la mala fama que había venido rodeándolo estos últimos años. Aunque esa fama era exterior al círculo familiar, al menos al círculo central en el que se situaba la respetabilidad, y la plata. No sabía qué podía estar diciéndose de él dentro de la familia; quizás no era tan malo. Si bien malévolos y

suspicaces, los Orlov eran negadores cuando les convenía. En la duda, el Conde se aferraba al plan original para la ocasión, que era mostrar su mejor cara; no lo hacía por gusto sino por la más apremiante necesidad; nadie mendigaba por pasar el rato. Y puesto a hacer buena letra, esta tarde de verano, la hacía con todos, hasta con esos indios desaseados cuya opinión nunca habría podido tener ningún peso en las decisiones que tomara la familia para con él.

Lo cierto es que más allá de mostrar un cortés interés preocupado por la integridad física de su vecino, ya se había inclinado sobre él para ver la supuesta herida, y lo había tomado por los hombros. Le iba a decir que se sacara las manos de la boca, para poder verla, pero no fue necesario; el otro lo hizo por sí solo, y entreabrió los labios. Para la sorpresa y alarma del Conde, la herida era importante; ese brazo lateral del proyector, que al girar parecía haber tocado apenas la cara del hombre, debía de haber tenido un clavo sobresaliente, o bien el contacto había accionado alguna clase de articulación o resorte con una punta, por lo visto muy larga: le había hecho un agujero en el paladar... En ese preciso momento por la boca abierta del herido empezó a saltar un chorro de sangre, en arco, como el de una fuente, delgado pero abundante, y continuo.

El Conde, sin ser especialmente impresionable, y no desprovisto de experiencia en hechos de sangre, se pegó un tremendo susto y soltó una exclamación. No tuvo tiempo para más porque su «paciente», sin dejar de escupir sangre, echó atrás la cabeza y se desmayó. ¿O se habría muerto? Supo de pronto que no quería saberlo. Todavía lo tenía en brazos, exánime. Lo depositó en el sillón y se puso de pie.

—¡Un médico!

Era lo que correspondía decir. Seguía representando un papel. Aun siendo sincero y espontáneo, representaba un papel. Eso era lo que se ganaba por mentir una vez: después se mentía siempre, hasta con la verdad.

—¡Un médico!

No lo había dicho en voz muy alta, sino más bien como hablándose a sí mismo, como dándose una orden. De pronto, no quería quedar enganchado a este accidente. Y lo que había dicho le daba el argumento perfecto para escapar. En efecto, para encontrar un médico había que ir a buscarlo, y él no quería otra cosa que irse, tomar distancia de las complicaciones y amenazas, aunque por el momento no viera claro cuáles podían ser. Dicho y hecho, se alejó de prisa, rumbo a la salida. Una última observación, que lo confirmó en su intención de no volver: el negro viejo no había mostrado la menor preocupación por lo que le había pasado a su congénere joven. Ni siquiera se había acercado a mirar ni había alterado su cómoda postura en el ángulo del sillón. Todo lo más, pero no podría jurarlo, había sacudido un poco la cabeza, como diciendo «qué barbaridad». Y si entre ellos no mostraban ninguna solidaridad, pensaba el Conde, ¿por qué iba a hacerlo él? Aunque... Algo le quedó resonando mal en el fondo de la conciencia. Debía de ser ese «entre ellos» que le había venido a la mente de modo tan natural. Esas dos palabras habían sido el título de un editorial del

diario La Prensa, celebrando una pelea entre peronistas que terminó con muertos. Y él las había empleado en un sentido muy semejante. Porque si bien había supuesto que esos dos sujetos venían de la misma rama de la familia, y se los podía mencionar, en ese sentido, con un «ellos» abarcador, no había nada que asegurara que fuera así, salvo las facciones y el color oscuro. Era esto lo que los unía. «Ellos» eran los negros de mierda, que se introducían en una familia decente con la misma prepotencia, y al amparo de la misma mala conciencia, con que los peronistas habían invadido el país blanco que fue la Argentina. Era un poco melancólico que él, un intelectual proveniente del campo popular, curtido en el sindicalismo combativo y en la prensa obrera, siguiera alquilando contra su voluntad una veta de su inconsciente a las ideologías canallas. Pero ya debería haber aprendido, se dijo, que el inconsciente era inmanejable, por lo menos el inconsciente verdadero, el malo, no el domesticado en el diván.

Se consoló pensando que el matiz político era marginal al asunto. Lo central seguían siendo sus preocupaciones, las que venían (o él se había buscado) de su necesidad de ayuda y a la vez lo obligaban a mantener sus secretos, en un equilibrio que se hacía cada vez más precario. La tensión a la que lo obligaba este doble vínculo le estaba impidiendo interactuar normalmente con el prójimo, y hasta consigo mismo. No podía extrañar que se portara mal con estos parientes oscuros, y aunque no fueran oscuros, aunque hubieran sido los legendarios aristócratas en sus palacios de mármol a orillas del Neva, habría hecho lo mismo: los habría dejado que reventaran como perros, si ése era el precio de proteger la poca paz que le quedaba a su intimidad.

¿O esto era una versión lavada y pasteurizada de sí mismo? ¿Estaba poniendo el Mal del lado de sus problemas, haciendo de sus problemas chivos expiatorios que lo dejaban a él limpio y decente? Quizás sin problemas ni preocupaciones habría actuado igual, quizás esos problemas que lo desasosegaban, él se los buscaba deliberadamente con el fin de permitirle encontrarse con el verdadero fondo de sí mismo.

Caminó rápido, como si llevara una misión importante, esquivando los grupos de hombres de pie y los círculos de sillas y sillones con mujeres. Ponía la cara que correspondía a su movimiento, cara de «ahora no puedo detenerme», de «enseguida vuelvo»; no era preciso actuar mucho porque todos charlaban y nadie le prestaba atención. El incidente, inmediato al despertar de sus temores, lo había mantenido aislado de lo que lo rodeaba, casi como si estuviera solo, lo que no era el caso. El departamento, grande como lo eran las moradas familiares de antaño, hormigueaba de parientes, lejanos y cercanos. En parte por el movimiento caótico, en parte por sus distracciones, se perdía en esos grandes cuartos claros. También estaba el hecho de que había venido pocas veces aquí, y esta ocasión interrumpía una ausencia de años. No hacía un culto de la familia, y mucho menos de las reuniones familiares; no habría venido de no moverlo una necesidad imperiosa. Ese recurso a la familia, cuando las papas quemaban, lo infantilizaba; quizás ese sentirse niño lo hacía ver al

departamento más grande de lo que era.

Atravesó varios grupos hasta llegar a la puerta. Debería haber ido gritando «¡un médico, un médico!», pero no lo hizo. Iba como sonámbulo. No había decidido si realmente quería buscar un médico, o sólo quería irse. Era esto último lo que lo había puesto en movimiento. Pero no podía irse con las manos vacías. ¿O sí podía? La tentación era grande, pero sería una huida más, en una vida llena de huidas. Y no sólo volvería tiempo perdido toda la planificación que lo había ocupado los últimos días; también le hacía perder la oportunidad ideal que le daba esta reunión. Pero, por otro lado, ¿no había arreglado siempre sus problemas escapando? ¿Por qué iba a cambiar ahora? Sería una cobardía, de acuerdo. Pero si había alguien que ya había liquidado cuentas con su autoestima, era él. Y además, sabía que pensarse ante la última chance, tocando fondo, entre la espada y la pared, al borde del abismo, en la alternativa final, era por su parte un recurso retórico que le servía, justamente, para sobrevivir y seguir adelante como si no hubiera pasado nada. Y, como si le faltaran argumentos en favor de la huida, había uno más, poderoso: aunque se quedara, y pusiera lo mejor de sí en su diplomacia y sus ficciones, había nueve posibilidades sobre diez de que no sirviera de nada.

Abstraído en estas consideraciones llegó a la puerta del departamento, abierta de par en par, y salió al palier, donde seguía habiendo gente, y corrían los chicos. Era un espacio circular muy grande, con piso de mármol gris y columnas blancas todo alrededor. La luz entraba por una mampara circular en el techo. A los demás departamentos del edificio, que no eran más que tres o cuatro, se entraba desde aquí, y le dio la impresión de que los vecinos también tenían las puertas abiertas, y se habían sumado a la reunión, o celebraban las suyas, en una coincidencia que no lo asombraría, porque en este lugar se vivía en una comunidad de muchos años, en una gran confianza. Pero no era exactamente así. Sucedió que en el departamento de al lado se celebraba una boda, con altar, padrinos, cura y música. Una boda a domicilio, rareza justificada por la condición de la novia, que era paralítica. Justamente en ese momento se disponía a hacer su entrada; atravesaba el palier en su silla de ruedas, empujada por madres o tías, y un acompañamiento numeroso. Pasó al lado del Conde. Era una mujer rubia, no muy joven, linda a su modo sufriente y resignado, enfundada en un sencillo traje celeste; el vestido de novia tradicional habría estado fuera de lugar.

No era de esa raza de paralíticos «fuertes como un roble», capaces de soportar las peores inclemencias del tiempo, el hambre, la sed, el maltrato, y hasta la miseria y el abandono. Era frágil, enfermiza. De ahí que tuviera que acompañarla un médico para seguir de cerca la ceremonia. Ese curioso azar decidió al Conde. Interceptó con discreción al doctor, y le informó del herido en el departamento contiguo. El médico le aseguró su visita, «no bien se hubieran intercambiado los anillos».

Sin necesidad de hacer un esfuerzo de la voluntad, volvió adentro. Seguiría adelante con la ordalía que se había impuesto. Había recordado que le convenía

seguir vigilando esos cristales malditos, de cuyo paradero no estaba seguro. Sintió un asomo de nostalgia de la calle, de la libertad, de las que había estado tan cerca; pero se consoló diciéndose que siempre había tiempo para escapar. Nadie lo sabía mejor que él.

De modo que volvió a atravesar los salones llenos de gente, y enfiló para el sillón. No le sorprendió demasiado que el herido se hubiera repuesto de su desmayo, y estuviera sentado tan tranquilo en el sillón, como antes, siempre en compañía del otro, ambos en los extremos, dejando libre el centro, como si le hubieran estado guardando el lugar. Como si no hubiera pasado nada.

Sin dirigirse a ninguno de los dos en particular, informó del éxito de su gestión. El médico estaba ocupado en ese momento, pero vendría no bien pudiera. El herido asintió sin abrir la boca, y en realidad sin asentir tampoco; apenas si levantó la vista. ¿Podría hablar? No parecía muy locuaz. Tenía el silencio y la aceptación de los humildes.

El Conde estaba contento de su actuación. Le parecía que había dado pruebas de una eficacia de buen augurio. Que hubiera intervenido el azar no disminuía su mérito, porque el azar siempre intervenía, y lo que importaba era apostar al número ganador. Pero su satisfacción no le hacía olvidar que sus problemas seguían en pie, exactamente en el mismo estado en que los había dejado. Se lo recordó el proyector, que seguía ante él, negro y torcido como un cuervo mecánico. Preventivamente, quiso preparar el terreno para una acción enérgica contra el pequeño entrometido, por si volvía a subirse a la tarima:

—Hay que tener cuidado con ese chico, que es una peste.

## II

En ese momento el viejo salió de su apatía, y asintió a la frase del Conde con una media sonrisa cómplice. Con la expresión parecía decir que, en efecto, los niños podían ponerse cargosos en esas reuniones familiares, o multifamiliares, y si su carácter innato o su crianza los inclinaban a lo movedizo y gritón, y esas características se acentuaban por la prolongación del evento, no había paciencia que soportara. Pero junto con eso parecía decir también que él por su parte, munido de la resignación que le daba la edad, podía dejar que hicieran todo el barullo que les diera la gana, que no alterarían su tranquilidad de buda criollo de la estirpe de los piedra. Al Conde no le asombraba esta actitud, por el contrario la encontraba muy natural en su interlocutor: el hábitat natural de esta clase de viejos del interior eran ranchos atestados donde la circulación de niños era lo de menos comparada con la de perros, cerdos y gallinas. Niños que, además, sobreabundaban, porque sus oscuras mujeres no dejaban de parir hasta secarse, y para entonces ya habían tomado la posta hacía rato sus hijas, y hasta sus nietas. La cantidad, sumada a la desidia inherente a la raza, hacía que los niños se criaran como animalitos, en perfecta conjunción con los perros y las gallinas, y se les llevara el mismo apunte que a éstos.

Esta línea de pensamiento lo llevó a recordar, sin necesidad de hacer preguntas, quién era ese viejo y a qué rama de la familia pertenecía; aunque este último verbo era excesivo para los descendientes y colaterales de una de esas alianzas dudosas que habían hecho aquellos Orlov en los que había prevalecido la veta del fango presente en todo el linaje. El descenso social estaba programado en todos ellos, ancestralmente, y el altanero snobismo que ostentaban no era sino el anverso de una fina placa en la que se marcaban los bajorrelieves de la caída tallados en el reverso. La riqueza, la figuración, el ocio creativo, cedían con facilidad a la pasión lumpen. El Conde podía dar fe. ¿Acaso su propia presencia en esta celebración no se debía a necesidades que resultaban del abandono y un desorden culpable? Él también había cedido, con el oscuro sentimiento de que a la larga le sería imposible soportar el peso abrumador de las responsabilidades de la vida burguesa. La decencia como horizonte biográfico se le hacía deprimente. Quizás, se decía, era un rasgo de aristocracia. Si lo era, estaba mal repartido entre sus parientes, pues la mayoría había preferido la asimilación, la prosperidad, la mezquindad. Y él mismo, si acudía, obligándose, a intentar extraer de manos y billeteras que con tanta dificultad se abrían el socorro que necesitaba, era porque seguía tratando de sostener la fachada.

No sólo reconocía al viejo sino que recordaba su nombre: Aniceto, don Aniceto. Le venían imágenes de él en antiguas reuniones familiares, asados en quintas del gran Buenos Aires o cenas en galpones del Dock. Era como si se disipara una niebla, y se dio cuenta de que esa niebla había sido la preocupación causada por el niño. Don Aniceto, prolongando su gesto de benevolencia, lo invitaba a sentarse en el sillón, en el espacio que había quedado entre él y el joven herido; éste seguía reclinado en el

extremo, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Aliviado, relajado, el Conde aceptó la invitación. Se sentía contento de que todo hubiera salido bien al fin de cuentas —aunque una leve inquietud remanente le decía que no había que cantar victoria—. No sabía si los cristales habían quedado en alguna casilla del proyector (creía que sí), ni si el niño volvería, así que le convenía quedarse cerca, vigilando. Desde el sillón estaba al alcance de su mano, y no tenía más que hacer tiempo hasta que viniera el médico y creara la distracción que necesitaba para ver y apoderarse de los cristales. La excusa era perfecta: nadie podía extrañarse, en caso de que a alguien le importara, que él se quedara junto al herido hasta confirmar que estaba fuera de peligro.

Además, le volvía a la mente el motivo por el que originalmente había elegido ese lugar para sentarse: desde ahí tenía una buena vista general del salón y, más allá de las columnas y arcadas, de los salones vecinos, y podía mantenerse al tanto de los presentes, de sus idas y venidas, agrupaciones, apartes. Conversando, o simulando conversar, con este viejo, tenía un buen pretexto que le permitía seguir allí mientras reunía el valor, o esperaba que llegara el momento justo, para hacer las gestiones que lo habían devuelto al seno del clan, a la vez que le permitía evaluar desde una prudente distancia el clima y el ánimo de los que le importaban. Y se le ocurría que entre éstos, los que importaban, causaría buena impresión que se ocupara de este par de invitados menores, segregados por su color de piel y su aire proletario. Una impresión de cortesía, y sobre todo de desinterés. Se lo agradecerían, no porque les importara hacer sentir cómodos y atendidos a los parientes pobres, sino porque les ahorrraba la molestia de ocuparse de ellos.

No le costó sostener la comedia de «una animada conversación», porque la conversación se animó de verdad, y llegó a sentirse casi a gusto. Le convenía relajarse, pensar en otra cosa. No supo si era mérito suyo o del otro. Se reconocía a sí mismo un don de conversador poco común, de la vieja escuela. No había nacido con el don: lo había desarrollado como arma con la que hacer frente a las penurias que habían accidentado su existencia, y era casi como si hubiera desarrollado un don de artista, con el que podía contar. Pero al mismo tiempo percibía en su interlocutor una atención inteligente, una perspicacia, y hasta un asomo de simpatía y afinidad que ignoraba a qué podía obedecer. Si bien había recordado su nombre y su ubicación aproximada en el árbol familiar, su memoria no alcanzaba a localizar ocasiones más puntuales que hubieran creado una relación lo bastante estrecha entre ambos como para dar lugar a un reconocimiento profundo de caracteres. Pero no habría podido jurar que no hubieran existido esas ocasiones. Sucedió que cada vez que en los últimos años (o décadas) se había hecho presente en una reunión familiar, lo había hecho con un objetivo muy preciso de interés, y la tensión que eso le producía borraba del campo de su atención todo lo demás: en cualquier cosa que no apuntara estrictamente a su misión actuaba como un autómatas, y lo que hacía o decía entonces lo olvidaba. De modo que era posible que alguna vez ellos dos hubieran hablado, y

hasta se hubieran descubierto almas gemelas.

El tema con el que empezó estaba cantado: esperaba que esa herida en el paladar no fuera grave. No parecía grave: un mero rasguño quizás, en todo caso un agujerito... El viejo asintió, totalmente despreocupado del caso; el Conde insistió, por puro gusto de exhaustividad: ese sangrado tan violento podía deberse a que la herida había tocado una arteria superficial; o ni siquiera eso; podía ser un rasguño después de todo, y si sangraba así era porque el rasguño se había producido en el paladar. Era tan raro que se produjera una herida en el paladar, ese sitio secreto y protegido, que no había antecedentes, al menos entre no especialistas, sobre el modo en que sangraba al ser herido, y entonces ese chorro (se impresionaba de sólo recordarlo) podía ser lo normal.

Se apresuró a agregar que el médico no iba a tardar, y con él saldrían de dudas. Pero sí iba a tardar un momento; estaba ocupado, de otro modo habría venido de inmediato. Él lo conocía y podía dar fe de su responsabilidad y eficacia; era un excelente profesional, con mucha experiencia, que no se limitaba al ejercicio de su profesión, porque era un hombre que había pasado por severas pruebas en su vida. No era esa «máquina de curar» que hoy en día aspiraban a ser muchos médicos. En él prevalecía lo humano, la comprensión del paciente, de sus motivaciones, anhelos, fuerzas y flaquezas, sin severidades fuera de lugar, sin adoptar la figura del dómine o censor sino la del prójimo que compadece y ayuda. Era de los médicos que no se limitaban a la consulta y la receta sino que realizaban un seguimiento del caso, a veces durante años, no pocas veces durante el resto de la vida de su paciente, y a veces más allá... Sí, más allá. Podía parecer extraño, pero no lo era tanto. Y justamente en ese momento, esa demora que estaban soportando, tan inusual en alguien que corría en socorro del necesitado, se debía a uno de esos seguimientos: estaba asistiendo, seguramente atento a las menores señales, a la boda de la lisiada, Elena Moldava... ¿Conocía la historia? ¿No? Bueno, no le sorprendía, no tenía por qué conocerla, aunque afectaba a alguna rama de la familia, pero ya sabían que en familias de extensiones tan intrincadas como la que descendía del tronco de los Orlov, los extremos estaban demasiado lejos como para pretender que todos supieran todo. Sin contar con que este caso era especialmente marginal. Además, la historia de Elena se había mantenido velada por la natural discreción, por un lado, y por otro oculta en sus propias brumas de misterio, de prodigio, de superchería, o de fábula.

Los antepasados de Elena habían sido vecinos, en las colonias rurales, de los primeros Orlov que vinieron al país. Cuando se mudaron a Buenos Aires siguieron en contacto, a lo largo de los años y de las generaciones sucesivas, lo que tenía algo de milagroso, o de excepcional en todo caso, pues nunca fue un contacto fácil. En ambas familias prevalecían, al menos en los hombres, las personalidades fuertes. Era un rasgo disculpable, y quizás necesario, en inmigrantes que habían llegado a la Argentina con una mano adelante y otra atrás, sin capital, sin educación, sin una red protectora. Sólo contaban con su voluntad y su energía, y era bastante comprensible

que las repetidas dificultades de un medio hostil terminaran acentuando la voluntad en obstinación ciega, y la energía en violencia. Las sociedades que se establecieron entre las dos familias crearon roces, pleitos, distanciamientos, que nunca eran definitivos porque entre los dos linajes parecía haber una atracción que se sobreponía a decepciones, peleas y fracasos. Estos últimos abundaron, probablemente por causa del mal carácter de los socios que impedía una acción fluida. Y los fracasos, las quiebras, los recomienzos, los llevaban a volver a asociarse, en busca de revancha. Así lo hicieron abuelos, padres, hijos. El rubro preferido era la mueblería, pero con el correr del tiempo no le hicieron ascos a otros negocios, incluidos los oportunistas o los que se parecían a la especulación. Si hubieran tenido el valor, no habrían retrocedido ante el delito, tanta era la ansiedad por hacerse de esa seguridad económica que se les escapaba siempre a último momento, con una risa de burla. Como cada uno sentía dentro de sí, en la parte oscura de su conciencia, esa inclinación a renunciar a la honestidad en nombre del dinero, no podían impedirse sospechar del otro; la desconfianza envenenaba la relación, entorpecía la gestión de la sociedad y demoraba indefinidamente la llegada de los resultados.

No se trataba de codicia, al menos no de codicia gratuita, por la codicia misma. Era la natural preocupación por la familia, el instinto primitivo o animal de protección de la prole, exacerbado, eso sí, por la seguidilla de frustraciones, por la herencia, de padres a hijos, de la pobreza y la incertidumbre por el mañana. Los padres de estos hombres habían venido al Nuevo Mundo en busca del bienestar, y no alcanzarlo les parecía simplemente un golpe de mala suerte. Otros lo habían alcanzado. La Argentina era un país generoso. Otros habían logrado la prosperidad, y hasta la riqueza, sin poner más ahínco o más talento que ellos. Lo peor era que algunos de esos «otros» pertenecían a sus mismas familias, a ramas que precisamente por esa diferencia de fortuna empezaban a separarse, a actuar en mundos distintos.

Lo paradójico del asunto era que si bien los hombres lo hacían todo por sus familias, las mujeres y niños que componían las familias eran los más perjudicados por sus esfuerzos. El beneficio lo recibirían al final, cuando el éxito diera su esquiva bendición a alguna de sus empresas comerciales. Entonces sí, ellas «vivirían como reinas» y los niños irían a buenos colegios y tendrían perspectivas de ascenso social. Mientras tanto, sufrían el maltrato de maridos y padres absortos en la lucha, tensos por los vencimientos de sus pagarés, malhumorados por la persecución de sus acreedores, por la mala fe de sus proveedores, por la mezquindad de la clientela, la rapacidad del Fisco, la insensibilidad de los bancos. En la casa se desquitaban de los desaires del mundo. O, casi peor todavía, ni siquiera se desquitaban, porque no prestaban la atención suficiente para hacerlo; aun en la mesa familiar, aun en la cama, seguían rumiando sus malos negocios. Un agrio pesimismo les quitaba hasta la chispa de esperanza que podía haber encendido una risa o un cariño.

Las mujeres así descuidadas lucían como cadáveres ambulantes, desgredadas, mal vestidas, con viejos batones desteñidos, exhaustas por los partos sin fin y las crianzas

sin medios, flacas, mal alimentadas, feas a fuerza de contraer el rostro en una perpetua mueca de preocupación y temor. Y los niños, por fuerza desatendidos, hacían vida callejera, de fútbol de sol a sol, cuando no de pequeños hurtos o vagancia. Eso los varones. Las niñas eran reclutadas por las madres no bien se tenían en pie, para ayudar en la cocina o con los bebés; antes de haber podido jugar con una muñeca ya estaban probando las primicias de sus tristes destinos.

Cuando nació Elena, las cosas no habían mejorado. Por el contrario, se habían agravado. Era como si los Moldava se estuvieran jugando las últimas fichas en la ruleta del comercio, y sintieran en la nuca, ya a punto de darles alcance, el aliento de una indigencia definitiva. Elena vio poco a su padre, que ejercía funciones de comisionista y viajante por el interior; sus ausencias fueron haciéndose más largas, hasta que se quedó en el norte, desde donde llegaron rumores de bigamia, nunca confirmados. Eso pasó cuando Elena, una entre cinco hermanos, tenía diez años. Quedaron a cargo del abuelo paterno, un viejo cascarrabias amargado por la defección y el fracaso de sus hijos varones. Pocos años después el abuelo enfermó. Previendo su desaparición, y el desamparo en que dejaría a su extensa tribu, hizo una apuesta que consideró suprema —aunque una larga experiencia debería haberle enseñado que no había nada supremo—. Se asoció con su ex socio Honorio Orlov, junto al cual ya había sobrellevado numerosas decepciones, y al que había enfrentado en los tribunales. Si volvía a emprender una aventura comercial con él era porque no tenía nadie más a quien recurrir. Creía que el viejo Orlov aceptaba su asociación porque lo necesitaba. ¿Dónde iba a encontrar otro socio con sus ideas, con su creatividad, con su conocimiento del mercado? Así se engañaba a sí mismo. En el fondo sabía que el otro tampoco tenía a quién recurrir. Por supuesto, los dos barajaban la posibilidad de traicionar o ser traicionado. No se hacían ilusiones de lealtad. No habían descubierto el secreto de los negocios, pero al menos habían aprendido que todo valía, cuando se tenía una buena excusa. La de ellos era la familia.

Fue una época de prueba para la familia Moldava, para lo poco que quedaba de ella, pues todos los que tenían una vía de escape ya la habían recorrido hasta el fondo; sólo habían quedado los desvalidos, incapaces, mujeres y niños. Sobre ellos se ejerció la tiranía del viejo, más dura que nunca porque la enfermedad lo tenía atado a la cama y desde ahí manejaba sus asuntos. La inmovilidad lo ponía irritable, las obligadas esperas en el envío y recepción de mensajes y documentos lo exasperaban, la delegación de tareas lo humillaba, y lo compensaba con gritos, insultos y violencias de todo tipo.

Por un fatal descarte la adolescente Elena fue la mensajera más requerida, y sobre la que se descargaron los peores abusos. A los trece o catorce años, era una joven a medio desarrollar, enclenque, feúcha, pálida. Era un manojito de nervios. Nadie menos indicado que ella para realizar las tareas que le encomendaba su abuelo. Para una niña ignorante, tímida, algo tonta, que ni armar una frase sabía, era casi imposible

memorizar los mensajes que debía llevar o traer, formularlos correctamente, acordarse de los documentos que le habían pedido (¿cómo iba a saber cuál era la diferencia entre una factura y un remito, o entre duplicado y triplicado si ni siquiera podía pronunciar sus nombres?). Si a esto se sumaba que los dos viejos socios desconfiaban uno del otro, y el postrado desconfiaba más y le encargaba misiones de espionaje, y al menor error, real o imaginado, estallaba en gritos y bofetadas, podrá imaginarse el terror en que vivía esa pobre víctima. La madre no se atrevía a protestar, pero tenía motivos para vivir en ascuas: la casa estaba en la zona más peligrosa de Parque Patricios, y su hija, a la que su aspecto desvalido hacía candidata fija a un asalto o violación, debía andar sola en la calle todo el día y buena parte de la noche, pues el viejo, insomne y paranoico, no tenía horarios en sus urgencias.

Una noche, precisamente, Elena salía con un sobre que debía entregar, los ojos colorados por el llanto contenido, el cuerpecito aterido, los labios trémulos balbuceando el mensaje que temía, con sobrada razón, no haber memorizado bien: «Dice mi abuelo...». Al pie de la escalera por la que venía bajando, en medio del último escalón, había algo con la forma y las dimensiones de un pétalo de rosa, del rojo más oscuro, curvado, grueso, mórbido. En el descanso, contra la pared, una vela encendida, colocada allí por algún vecino porque había corte de luz. La llamita temblaba sacudida por las corrientes de aire que recorrían en todos sentidos el hueco de la escalera, del que era la única e insuficiente iluminación, y hacía brillar el pétalo como si fuera una seda venenosa. Elena soltó un grito y se llevó las manos al cuello, que sentía cerrarse en un paroxismo de angustia. Creía que el pétalo era una gota de sangre. Se podía excusar el error por la falta de luz, y por las sugerencias del ambiente, pero era un poco demasiado, aun para la imaginación sobreexcitada de una joven nerviosa, confundir cosas de tamaños tan dispares: un pétalo de rosa era entre cien y doscientas veces el tamaño normal de una gota. Ella no sabía nada de la tensión superficial que configura una gota con las movedizas moléculas de un líquido. Pero la intuición le decía que no podía ser de este mundo. Una gota de sangre así de grande tenía que ser de Dios. Y si Dios se estaba desangrando en la escalera del viejo inquilinato, los peores demonios estaban a punto de liberarse. Por poco se cae. Se tambaleó, en el borde del escalón superior de ese tramo de la escalera. En otras circunstancias habría vuelto arriba corriendo y gritando: no lo hizo porque el miedo a su abuelo superaba el terror a esa gota gigante. Se pegó a la baranda, deslizando por ella una mano crispada, y siguió bajando, la vista fija en el brillo rojo en el fondo de la penumbra, el rostro deformado en una mueca de aversión. Cuando llegó abajo vio que era un papel de caramelo que debía de haber tirado ahí algún chico. Suspiró de alivio.

No había motivo para alivio alguno. El hallazgo de ese papel desató una crisis terminal. La madre de Elena se había asomado por el descansillo al oír el gemido de su hija (la nerviosidad la mantenía en una escucha permanente), y aclarado el equívoco y partida la hija a su misión, bajó a recoger el envoltorio, protestando contra

los niños del edificio, puercos y maleducados. Cuando lo tuvo en las manos y lo miró, le llamó la atención el dibujo, que era un diagrama atómico infantil, con pelotas de fútbol en lugar de electrones. El nombre del caramelo era Gol Atómico. Sosteniéndolo con la punta de los dedos para no pegotarse con la parte interior pringosa, se lo llevó a su suegro en la cama, con el propósito de distraerlo, y quizás serle útil dándole alguna idea; si bien sabía poco de los negocios en marcha, pues a las mujeres, muy en el viejo estilo, se las mantenía al margen de esos temas, sabía que la empresa en la que el viejo cifraba por entonces sus esperanzas tenía que ver con las golosinas, más específicamente con una fábrica de caramelos adquirida a crédito interviniendo una quiebra.

Pero el anciano Moldava, de sólo verlo, entró en un ataque de furia y, lo peor, de acción. Con la lentitud mental propia de los de su edad y condición, tardó un rato en hacerse una idea cabal de los motivos de su propia indignación; la furia se le adelantó, y de todos modos no tardó demasiado en encontrarle una justificación que a su vez la llevó a las cimas. Se sentía estafado, y de la peor manera: intelectualmente. El temblor de una rabia que excedía sus débiles medios físicos hacía que se le escapara de entre los dedos el arrugado papelito rojo, una y otra vez, y debiera buscarlo a manotazos entre las sábanas. Volvía a mirarlo, y confirmaba, con alaridos y palabrotas, el atentado que afirmaba haber sufrido. Las medrosas mujeres de la casa que habían acudido a la puerta del cuarto contemplaban atónitas este despliegue, sin entenderlo.

Sucedía que la firma Orlov-Moldava había venido preparando el lanzamiento, en el que habían comprometido todo su capital, de un «Caramelo Átomo». Los átomos estaban de moda en aquella época. Se sabía poco del tema, pero lo poco que se sabía había bastado para encender la imaginación popular, y el reciente lanzamiento de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, por ser un hecho tan lejano y exótico, no había alcanzado para empañar el halo optimista y futurista de lo atómico. Los dos viejos socios no tenían una idea más clara que el común de la gente sobre la física de lo infinitamente pequeño, pero eso no impidió que se les ocurriera montarse a la moda y fabricar unos caramelos en forma de bolitas giratorias, que supuestamente iniciaban en la boca una reacción en cadena, una «explosión atómica de alegría». Vendrían en sabor Protón, Neutrón y Electrón, sobre una base de Uranio dulce y Plutonio ácido. Una radioactividad de fantasía les daría a los niños la energía extra que necesitaban para jugar y aprender. En una etapa posterior pensaban agregar un contador geiger de juguete, y un folleto ilustrado con las instrucciones para usarlo.

Ahora todos esos planes se le evaporaban en una explosiva sensación de robo. Le habían birlado la idea. La nuera y las hijas y nietos y nietas que se habían atrevido a entrar al cuarto trataban inútilmente de calmarlo con argumentos racionales. Le decían, cuando lograban meter un bocadillo entre sus vociferaciones, que podía ser una simple coincidencia. Después de todo, los átomos eran patrimonio común de la cultura contemporánea, y había muchos empresarios atentos al rumor del tiempo... El

viejo no quería oír. Veía una prueba del hurto en el dibujo del envoltorio rojo: el diagrama de las pelotas de fútbol girando alrededor de un arco era exactamente, según él, el diagrama de los electrones del selenio líquido en el que se basaba la fórmula de su Caramelo Átomo. Aunque no lo veía bien; ese pequeño dibujo se le hacía borroso, casi imaginario, sin los lentes, que buscaba entre las sábanas, tan nervioso y agitado que no hacía más que aumentar el caos de su cama. No le importaba: estaba seguro de lo que decía, a él se le había ocurrido, átomos y caramelos eran conceptos demasiado apartados para que la conexión hubiera ocurrido simultáneamente en dos mentes separadas, él había tenido la idea original, él, él...

Fue fatal, inevitable, que en ese momento se le ocurriera la peor sospecha, la que coronaba todo lo demás: era su socio, el siniestro viejo Orlov, el que lo había traicionado. Su indignación se potenció. Una urgencia feroz lo dominó, y se habría levantado para correr a cometer un homicidio si las piernas le hubieran respondido. Como no lo hacían, se descargó a voces con las mujeres que lo rodeaban lloriqueando y retorciéndose las manos. No obstante, no se dejó ganar por la incoherencia impotente de la rabia. Había medidas concretas que tomar: lo primero era detener a Elena, que debía traerle de vuelta los papeles que le llevaba a su socio el traidor. Ésa era una prioridad. Se dirigía a los niños, por saberlos más rápidos y despiertos, pero su nuera gritó que iba ella... Ella sabía el camino que tomaba su hija para esperar el colectivo, confiaba en alcanzarla... En realidad no tenía idea de ese camino, pero no quería que los niños salieran a esa hora tardía. Su maniobra no sirvió, porque no bien hubo salido el viejo mandaba a los niños a la calle a buscar un quiosco abierto y comprarle caramelos Gol Atómico, en todas las variedades que hubiera, para examinarlos. Sus nietos tomaron las monedas que les daba y salieron disparados; nunca habrían esperado que el abuelo, tiránico y avaro, les diera plata para comprar golosinas. Por puro instinto, los diablillos adivinaban que lo que le interesaba al abuelo era el papel del envoltorio, y que los caramelos, descartados, serían para ellos. Con ese aliciente, nadie pudo detenerlos.

La mujer había salido corriendo a la calle. Llamar a gritos a su hija, como se lo pedía un profundo impulso materno, habría sido inútil; se había levantado un viento rugiente y silbante que la ensordecía; no oía siquiera sus propios gemidos, esos «ay, aaay» con los que expresaba, cuando estaba o se creía sola, los restos de rebeldía que todavía flotaban en el mar de su resignación. Además no valía la pena porque su Elena ya debía de estar lejos. Lamentaba haberle inculcado tantas veces y con tanto ahínco la necesidad de ir de prisa cuando salía, no demorarse, no detenerse, no desviarse, correr si era preciso, para llegar lo antes posible y dejar atrás los peligros de la calle. Siempre le había quedado la duda por la obediencia de Elena en este rubro. Muchas veces la había atormentado la ansiedad esperándola. Como tantas madres, era ambivalente con su hija: por un lado pretendía que siguiera sus consejos y su modelo, por otro temía que realmente saliera igual a ella y la alcanzara el mismo destino de frustración, sacrificio y fracaso.

Si hubiera elaborado correctamente esta ambivalencia, esa noche habría dejado que Elena se perdiera. Y quizás lo había hecho, al impedir que salieran a buscarla los niños, que con su dispersión y velocidad tenían alguna probabilidad de encontrarla y hacerla volver. Se había propuesto ella, que era la menos indicada para la misión. Lo único que podía hacer era perderse; de la inmensa ciudad en sombras no conocía más que el camino a la verdulería de la esquina, al almacén de enfrente, y a la carnicería de la otra cuadra.

Quizás ella también, sin saberlo, quería perderse, morir, desaparecer. El impulso inconsciente de autoaniquilación no era raro en el ama de casa sometida. Sus vidas eran un lento suicidio.

Era una mujer de muy pocas luces, no sólo por las circunstancias familiares sino también por limitaciones propias. El esfuerzo por sobrevivir a la adversidad doméstica había absorbido todas sus potencialidades, sin dejarle resto alguno para enfrentar al mundo externo. Pero el mundo interno, el de su condición de madre, contenía una energía de pavor tan poderosa como para modificar la realidad. Había perdido todo sentido de las proporciones. Algo de tan poca entidad como la ausencia nocturna de un hijo, experiencia corriente de moderadas angustias paternas, en ella se volvió locura creadora. No necesitó mucho: apenas algunos pocos errores de interpretación en la lectura de los datos que le salían al paso. Nada era más común que esos errores, sobre todo cuando uno se encontraba en un sitio desconocido. Un ejemplo histórico, bien conocido, era el del cineasta soviético Sergei Eisenstein, cuando fue a México. El día que llegó, vio en la calle a una joven que llevaba, con una correa, a un armadillo. Esa noche, en una carta a un amigo en Moscú, le describía «una curiosa costumbre mexicana: las señoritas, en lugar de sacar a pasear a sus perritos, salen con un armadillo». ¿Cómo iba a saber que ésa debió de ser la única vez que una dama, por hacer una broma o pagar una apuesta, sacó de paseo a un armadillo en la ciudad de México? Del mismo tenor fueron los errores que cometió la mujer. Salvo que los suyos fueron tres, no uno, y tuvo como disculpa, además de la diferencia de nivel intelectual entre ella y Eisenstein, el encadenamiento de sus errores, que completó la ilusión. El hilo conductor fueron los átomos, que ella arrastraba desde la casa, pues la furia de su suegro seguía actuando como resorte de su desesperación.

En aquel entonces había un conocimiento muy defectuoso de los átomos; el del viejo Moldava era inferior al promedio; y el de su nuera por fuerza tenía que ser menor todavía, ya que derivaba enteramente de los gritos que acababa de oír, y del dibujo de las pelotas de fútbol giratorias en el arrugado papel del caramelo. Pero no habría que apurarse a tirar la primera piedra, advirtió el Conde dando por segunda vez en pocos minutos pruebas de ecuanimidad hacia su personaje (ya le había perdonado, con auxilio del genio ruso, sus errores de percepción de la realidad urbana, ahora hacía lo mismo con su desconocimiento de la mecánica atómica): aun hoy se ignora mucho, y los que dicen saber no siempre saben lo mismo. Sin ir más allá de lo básico:

la vulgata dice que los electrones giran alrededor de un núcleo; pero hay quienes afirman que los electrones no existen, o que son valores de cantidad de energía... Pero volvamos a nuestra fugitiva:

La ciega carrera que llevaba había desembocado en la avenida Caseros, barrida por un viento salvaje que arrastraba ramalazos de lluvia y sacudía con furia los árboles y los faroles colgados en las esquinas. Aunque no estaba a más de doscientos metros de su domicilio, esta mártir del hogar nunca había llegado tan lejos. Ahí se produjo el primer error. Nunca había visto una avenida; creía que todas las calles eran igual de angostas que las de su casa y adyacentes, las que recorría cotidianamente haciendo las compras; esas callecitas de Parque Patricios, celebradas por el tango, eran estrechas, familiares, con un empedrado desigual que desalentaba la circulación de automóviles. Nunca se le había cruzado por la mente la idea de que pudiera haber calles de otra especie. De modo que creyó que se había producido un ensanchamiento espontáneo de las calles, y no pudo sino adjudicarlo a los átomos. En efecto, el natural aislacionista de las partículas constitutivas de la materia, en la extrema simplificación a la que estaban sometidas en el conocimiento de esta señora, hacía posible, y casi necesario, que se produjeran distensiones. Y si le pasaba a las calles, no tenía por qué no pasarle a cualquier otra cosa que estuviera compuesta por átomos, es decir todas; habría una separación general. Todas las cosas se alejarían unas de otras, como en ese momento veía la vereda de enfrente allá a la distancia, y las partes de las cosas se separarían entre sí aumentando los volúmenes.

La ampliación producía un bamboleo, que le pareció coherente, pues al perderse la contigüidad los enlaces se aflojaban. Eso explicaba, en su pequeña mente asustada, que la escena desolada se balanceara salvajemente (en realidad lo hacía porque el viento sacudía los faroles).

El segundo error salió naturalmente del primero. Frente a ella, en la ahora lejana vereda de enfrente, se alzaba la masa colosal de la cárcel. La miró boquiabierta. Era lo único que veía, en la danza exasperada de las sombras; tendría que haberse desplazado bastante para ver otra cosa, pues la fachada se extendía más de cien metros. Creyó que era una casa, y tan limitada era su experiencia social que para ella todas las casas eran como la suya, pequeñas, modestas, un agujero con techo donde sufrir y morir. Y ahora las casas, igual que las calles, se habían dilatado hasta esas proporciones titánicas. ¡Malditos átomos! Se juró no volver atrás, no volver a su casa, que suponía ya agigantada por el mismo proceso atómico... Y que una mujer como ella se planteara, siquiera en un espasmo involuntario de horror, no volver a su casa era la decisión más extrema que podía tomar. ¿Pero quién se atrevería a lidiar con la limpieza de una casa así? Si las tres piezas en las que vivía la habían convertido en una esclava, una casa de mil cuartos acabaría con ella.

Le pareció natural que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas, y no se viera un alma. Creyó que todos se habían refugiado en lugar seguro para protegerse de la peligrosa ampliación de los átomos. En realidad... ¿Pero qué es la realidad? Ella

tenía la suya, la de los átomos, y la estaba dotando, en su involuntario delirio, de un verosímil tan sólido que ya casi podía competir con la otra, la objetiva. En realidad, entonces, la avenida había sido cortada al tránsito por causa de la marcha de los Metalúrgicos, que se dirigían a su nueva sede en los bajos del Churruca. La marcha había creado un terror colectivo, por desconocimiento del verdadero sentido del peronismo, de cuyo confuso nacimiento era parte la personería gremial de los Metalúrgicos, obtenida esa misma noche. Todo el barrio se había encerrado en sus casas, los comerciantes habían bajado las persianas, los bares y restaurantes habían cerrado. Los Metalúrgicos, que con el correr de los años fueron adoptados por la opinión pública como un dato cotidiano de la historia del país (antes de evolucionar a Metalmecánicos y luego desaparecer reemplazados por los Plásticos), eran entonces seres alquímicos, salidos del corazón de los metales. La desinformación interesada de la prensa conservadora había hecho de ellos una amenaza.

Todo sucedió muy rápido. La mujer no había terminado de asimilar las sorpresas que le deparaba su ignorancia, cuando ya se encontraba en medio de un mar de hombres. No había una sola mujer entre ellos. Era la única. Nadie sabía mejor que ella que el mundo era un mundo de hombres. Lo había vivido en carne propia. Pero también sabía, por un saber innato que no necesitaba aprenderse, que las mujeres eran necesarias para la reproducción, y para que el mundo siguiera siendo un mundo de hombres.

Y entonces sumó un error más a los que ya había cometido: creyó que el problema con los átomos había hecho desaparecer a todas las mujeres del mundo, menos una: ella. Su desazón llegó al máximo. Si ella era la única que quedaba, no sólo debería cruzar calles anchísimas para hacer las compras, limpiar una casa enorme, hacer diez mil camas todas las mañanas, sino que tendría que hacerlo para todas las casas y todos los hombres del mundo...

Era demasiado. Sonó un tiro. Nunca se supo quién disparó. La bala le dio en el corazón, y alrededor de su cuerpo caído hicieron un círculo miles y miles de hombres rudos, mal entrazados, que parecían estar viendo por primera vez una mujer muerta.

El Conde al llegar a este punto hizo una pausa, y concluyó:

—Ese fue el fin de Elena Moldava.

Se quedaron en silencio, ligeramente extrañados. Fue como si se hubiera producido una contaminación con el tema del relato, y ellos también estuvieran viendo por primera vez el fin de un cuento, y se equivocaran creyendo que todos los cuentos terminaban así, o que ése era el fin de todos los cuentos. La palabra «fin» tenía un poder que los sobrepasaba.

Don Aniceto fue el primero en reponerse:

—Debí de haberme perdido algo en el camino —dijo—, porque creía que esta última parte de su narración se refería a la madre, no a la hija.

—¡Es que eran la misma persona! —exclamó el Conde, poniendo un extra de triunfalismo en la expresión, de modo de responder al tonito socarrón con que había

hablado el viejo negroide. Esperó un momento a que la sorpresa se asentara, antes de explicarse. Aunque, dijo, no pretendía que su explicación explicara gran cosa. A veces en lo pequeño se escondían grandes misterios, y éste era uno. Lo indescifrable del misterio era precisamente el motivo por el que había contado la historia. No comulgaba con los que tomaban la palabra, a veces por lapsos interminables, para contar obviedades autobiográficas, esas famosas «historias que se cuentan solas». Para que una historia valiera la pena, le parecía, debía haber algo que no se entendiera del todo.

Desde hacía años, esa madre venía reemplazando a la hija en las tareas riesgosas, o las que ella consideraba riesgosas. ¿Sobreprotección? Era fácil decirlo, desde un futuro relativamente civilizado, con las mujeres protegidas por las leyes y las costumbres y el consenso cultural, pero aquellas habían sido épocas bárbaras, en las que la muerte del alma era algo tan corriente como un pisotón bailando un tango.

¿Cómo había realizado la sustitución? El físico la ayudaba: las agotadoras tareas del hogar la habían mantenido flaca y esmirriada, como se suponía que debía ser una adolescente de la condición de su hija. La transformación no le llevaba más trabajo que echarse el pelo sobre la frente, cambiarse el sempiterno batón por el jumper de colegiala pobre, y las chinelas baqueteadas por unas guillerminas con zoquetes. La elaboración psicológica del personaje le costaba menos aún: estaba totalmente identificada con su hija, y entraba en el papel de inmediato. Lo que no era tan fácil era sostener el ritmo. Ser una sola ya era una carga casi insostenible: ser dos la agotaba en lo físico, pues debía hacer el trabajo de cada uno de sus personajes en la mitad del tiempo, y más aún en lo mental, como era de esperar. Su estructura psíquica había venido tambaleándose peligrosamente durante años. Si había reemplazado a su hija era no sólo para evitarle las humillaciones y angustias que ella había sufrido a esa edad, sino, más urgentemente, para asimilar en carne propia los asaltos, abusos, violaciones y heridas que habría debido padecer la joven. A lo que le había pasado se le superponía lo que era inminente, quizás inevitable, que le pasara. Toda madre con sentimientos haría lo mismo; de hecho, lo hacían.

Don Aniceto cortó el chorro planteando una segunda objeción: ¿cómo era posible, preguntó, que hubiera quedado un registro de las tribulaciones mentales de la mujer esa última noche de su vida? ¿No había muerto ahí mismo, herida por una bala, sin tener tiempo de contarle a nadie los errores que había cometido respecto del ancho de las calles y el tamaño de las casas y la desaparición de las mujeres?

—¡Es que lo contó! —fue la respuesta inmediata del Conde—. Lo contó infinidad de veces, a sus compañeras de la Rama Femenina, mateando en las interminables vigiliadas electorales. Se lo contó a sucesivas generaciones de militantes, riéndose de sí misma, de su grotesca ignorancia de pajuerana, enriqueciendo el cuento a medida que pasaban los años, exagerando, cargando las tintas...

Después de todo, siguió, en un tono más reflexivo, menos triunfalista, era coherente con sus antecedentes. Si había sido su propia hija, sufriendo el doble en

vida para preservar la virginidad de una tercera vida, ¿por qué no iba a resucitar? Después de todo, volver de la muerte no era gran cosa: la historia y la ficción estaban llenas de episodios que lo probaban. Casi se diría que estaba demasiado visto. El error de Elena Moldava fue volver de la muerte por segunda vez, y por tercera, y cuarta... Lo hizo, pero debió pagar un precio muy alto: quedó paralítica.

### III

El Conde había quedado satisfecho de su narración improvisada, con su comienzo realista y su final fantástico. Le había impuesto, sobre la marcha, una organizada truculencia social, pero, creía, sin perder sutileza. Aunque no habría podido reconstruir exactamente el hilo del relato, tantas veces había cambiado de rumbo, sentía que el hilo del misterio no se había cortado. Eso se debía a que iba visualizando las escenas. Parte del misterio estaba en Don Aniceto, que al comienzo de cada episodio asentía como diciendo «esa parte ya la conozco». Su cara de gaucho viejo, tallada en madera de algarrobo, se sacudía como un mascarón, y por momentos parecía llenar todo el espacio visual.

Sutileza y misterio. Los hilos más finos de la trama siempre a punto de escaparse de la figura. Quizás la clave estaba en la distracción controlada, o la «atención flotante». Mientras hablaba sus antenas no dejaban de girar siguiendo a los invitados y a los dueños de casa, evaluando a través del lenguaje corporal sus estados de ánimo, su disponibilidad para un abordaje en forma. Abreviaba o prolongaba las descripciones o los pasajes de acción, o incluía detalles apocalípticos en suspenso que le permitieran poner un abrupto punto final en caso de que viera llegada la ocasión que esperaba y tuviera que levantarse. Con todo lo cual, no podía extrañarle que su narración hubiera quedado desequilibrada, con la explicación de una circunstancia puntual extendida durante largos minutos de circunloquios, a la vez que años y generaciones y destinos enteros los había despachado en dos frases sucintas. Pero sabía por experiencia que las extensiones relativas de las partes de un relato podían ser todo lo desproporcionadas que quisieran: la imaginación y la inercia narrativa neutralizaban las desigualdades en la mente del oyente o lector.

Además, ese desequilibrio o asimetría le gustaba, le parecía elegante. Sutileza, misterio, asimetría. Lo había puesto todo, el arsenal completo. De ahí que hubiera quedado satisfecho, con ese regusto de gratificación que deja una tarea bien hecha. Pero a la vez sabía que uno nunca quedaba satisfecho del todo después de contar una historia. Si se lo había hecho con virtuosismo, persistía la sospecha de que un estilo más desmañado podía haber sido más eficaz. Y de todos modos, no había adelantado nada en lo que le importaba. Apenas si había ganado tiempo, y aun eso era dudoso.

Su experiencia en ese campo era vasta, cubría gran parte de su vida. Hablar, contar, inventar, era una parte principal de su trabajo de supervivencia. No es que fuera un charlatán profesional, un estafador o un cuentero; al menos él no se veía así. Usaba la palabra para equilibrar, o dar coherencia, o hasta para embellecer, un destino vital accidentado. Era cierto que dos por tres su motivación no era tan estética ni filosófica: los apuros de dinero, o de alojamiento, lo obligaban a usar sus dones con fines prácticos inmediatos. Pero aun entonces se dejaba ir en fantasías gratuitas, que al fin de cuentas nunca eran tan gratuitas, ya que cumplían la función de verosimilizar el empleo del tiempo o la palabra. Todo lo que decía tenía un marcado componente

de ficción. Casi siempre hablaba para no tener que hablar. Suponía que no era el único que lo hacía, porque, en general, las conversaciones se volvían interrogatorios o relatos, y cuando tomaban este último aspecto lo hacían para evitar el primero.

Don Aniceto abrió la boca, después de una larga aspiración por la nariz, y el Conde se preguntó, intrigado, qué le diría. Si no lo engañaban las señales sutiles que había venido captando, el viejo estaba impaciente por hablar. Pero lo que dijo fue muy poco, y sonó a conclusión:

—Usted y yo sabemos bien lo que eso significa.

¿Qué habría querido decir? ¿A qué se refería? ¿Al destino final de Elena Moldava, o a algo más general, como la vida o la muerte? No le preguntó, ni se lo preguntó a sí mismo, porque la frase, inocente en apariencia, casi como un comentario sobre el clima, le sonó como un mazazo. No sólo en las palabras, también en el tono con el que habían sido pronunciadas, había una sugerencia de «usted y yo, que somos contemporáneos, que compartimos experiencias históricas...».

Algo dentro del Conde pegó un salto espantado hacia atrás. Hasta entonces lo había venido viendo como un viejo, pero se daba cuenta, como debía de haberse dado cuenta el otro, de que tenían más o menos la misma edad. Podía ser que don Aniceto, en su existencia de pobre, se hubiera desgastado más. El Conde, con su vida regalada, y su físico de raza, tenía motivos para creer que lucía más joven. Pero sólo para creerlo. Sabía que nada engaña más que la llamada «autoimagen». Las señales de la edad eran inocultables. Mentalmente, se había quedado en los cuarenta y cinco —pero de eso habían pasado muchos años, años de sueño e ilusión, mientras el tiempo lo trabajaba—. Además, su vida no había sido tan regalada. Nunca había trabajado, era cierto, pero, precisamente para no hacerlo había tenido que pasar por mil ansiedades. Por otro lado, era dudoso que el trabajo en sí envejeciera. Al contrario, se lo decía fuente de salud. En su fuero íntimo, estaba convencido de que eso era un disparate, pero se podía vivir sobre el disparate, siempre que se aceptaran sus colaterales de representación y felicidad. Toda la propaganda peronista se había basado en esa idea de la salud gremial.

Esta línea de razonamiento le trajo a la memoria un dato clave de su interlocutor: Don Aniceto había pertenecido al Movimiento. Estaba casi seguro de que «Aniceto» no era su verdadero nombre (menos mal que no lo había pronunciado) sino el alias que había usado en los afanes de la Resistencia...

A la luz de este recuerdo, la frase que había soltado tomaba otro sentido, sin perder el anterior que tanto le había dolido. Le experiencia que habían compartido, no podía ser otra que la campaña de Framini por la gobernación. Necesariamente tenían que haberse cruzado en aquel entonces, porque el esfuerzo había movilizado a toda la militancia. Quizás entonces no se habían reconocido, tenían que haber sido muy distintos... El Conde, que no escarmentaba, se imaginó a sí mismo en aquellas jornadas históricas como un adolescente (lo era realmente, entonces), y a don Aniceto viejo y curtido como estaba ahora junto a él en el sillón.

A modo de distracción, volvió la mirada hacia el herido. Seguía con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, los ojos cerrados, muy quieto. Tuvo un ligero sobresalto al pensar que quizás estaba demasiado quieto. Debió de hacer un gesto de alarma, porque Don Aniceto lo tranquilizó: estaba dormido, no debía preocuparse, él lo estaba vigilando. En efecto, mirando con atención se veía subir y bajar el pecho con la respiración del sueño. El Conde se manifestó admirado de la capacidad de los jóvenes de dormirse cuando el cuerpo se lo pedía, sin importar el bullicio que reinara alrededor; a él por su parte le llevaba eternidades conciliar el sueño; no dijo que además de las eternidades apelaba al concurso de pastillas y alcohol. En realidad, le asombraba un poco demasiado, pues el joven herido no parecía tan joven, en todo caso no era un niño. ¿No se trataría más bien de un desmayo? Aunque Don Aniceto no descartaba del todo esa posibilidad, creía que se trataba de sueño normal, quizás inducido por el *shock*, pero aun así reparador y conveniente.

El Conde esperaba que el accidente no le dejara secuelas.

Don Aniceto opinó que el médico probablemente le daría la antitetánica.

El Conde asintió mirando las puntas agresivas del proyector, que parecían bastante polvorientas y herrumbradas. Dijo que no había pensado en eso. Ahora que lo pensaba, sí, la antitetánica era de rigor. Y antibióticos para prevenir una infección.

El viejo gaucho puso cara de duda: creía haber oído alguna vez que la antitetánica y los antibióticos eran incompatibles.

El Conde, constitutivamente desinteresado de temas médicos, no sabía nada de esa incompatibilidad ni de ninguna otra. El concepto mismo no le simpatizaba. Consideraba su mente como incompatible con la incompatibilidad.

No era el caso de su interlocutor. El tema parecía haberlo apasionado en algún momento, a juzgar por lo bien informado que estaba. Dijo que un alto porcentaje de admisiones hospitalarias en personas de edad se debía a interacciones de medicamentos. No se trataba necesariamente de incompatibilidades, pero algunas de esas interacciones podían ser dañinas, y hasta causar la muerte. La farmacología, en su arrollador avance, había detectado el problema, y en la práctica clínica se habían dado pasos importantes para solucionarlo. ¿Pero cómo saber cuál remedio era compatible o incompatible con cuál otro? No era tan fácil como confrontar dos listas. En un solo medicamento, así fuera una monodroga, había más de un principio activo: en algunos había muchos. Podían llegar a ser hasta quinientos doce. De modo que entre dos remedios de estas características había que tomar en cuenta la friolera de doscientos sesenta y dos mil ciento cuarenta y cuatro interacciones. Buscarlas una por una era inútil; los intentos de automatizar esta busca sólo recientemente habían tenido éxito, y no gracias a tecnologías digitales electrónicas, engorrosas y caras, además de inutilizables donde más urgencias había, es decir en despoblado, sino mediante un sencillo aparato manual, un ábaco. No de los que usaban los chinos, aunque basado en éstos, sino tridimensional, con decenas de miles de bolitas de distintos colores ensartadas en aros giratorios que se movían a palanca. Manejado adecuadamente, en

pocos minutos daba un diagnóstico de la compatibilidad de dos remedios. Pero era difícil de operar. Muchos médicos se negaban a hacer el curso obligatorio para usuarios.

El Conde, que había seguido esta explicación muy fragmentariamente y a desgano, cambió de tema: cuando él se había referido a secuelas no se refería a evanescentes procesos químicos; había estado pensando en algo más concreto y material, por ejemplo un agujero en el paladar.

Y ahí mismo, por no ser menos que el otro en conocimientos científicos, se lanzó a desarrollar temas anatómicos de los que tenía nociones bastante confusas. Pero no temía meter la pata. Su experiencia en el campo del discurso (otra vez esa experiencia, como si fuera la única que tenía) le había enseñado que el interlocutor nunca sabía tanto; y aun cuando supiera, nunca lo sabía todo, lo que proporcionaba huidas elegantes en cualquier dirección; sobre cada asunto había teorías distintas, cada dato tenía su reverso, sin contar con que las mismas cosas solían tener distintos nombres.

Las heridas en el paladar, dijo, si bien rarísimas, tenían una significación especial, porque el paladar, ese frágil arco de cartílagos cuadrículados, era el piso de las fosas sinusoidales, y éstas eran la caja de resonancia de todo lo que sucedía en la cabeza, incluida la actividad cerebral. De modo que un agujerito, o una grieta, podía causar un desequilibrio de presión. La estructura cartilaginosa (acartonada, es decir rígida) de esta cámara la hacía excepcional en el cuerpo: era la única cavidad real del organismo; todas las demás eran virtuales: cuando no estaban ocupadas se achataban como un globo desinflado, o, símil más preciso, una bolsa de goma de agua caliente.

Don Aniceto asentía, como diciendo «sí, sí, eso ya lo sé, cómo iba a ignorarlo». Por lo visto, siempre reaccionaba del mismo modo.

Dijo que ese chico, ese «bello durmiente», había sufrido destrucciones mucho más graves que las de un agujerito en las fosas sinusoidales, y había sobrevivido a todas ellas.

Bueno, lo de «bello»... ja ja.

¡No, no! No lo había dicho en broma. Le pidió que se fijara bien. Era un lindo muchacho, opinaba el viejo, al menos así dormido como lo estaban viendo ahora, sereno, despegado de sus torturas interiores, de la violencia sorda que era su estado normal en la vigilia.

¿Lo conocía bien?

Mejor que nadie, creía. Solamente lo creía. No tenía la seguridad, porque todo lo que sabía de ese joven lo deducía a partir de los retazos de su historia que había oído, de lo que le oía decir, de sus reacciones. Saber, saber, no sabía nada. Sólo eran deducciones.

¿Pero no era así como se conocía todo el mundo? ¿Había otro modo de saber algo del prójimo?

Don Aniceto, muy sorprendido por estas preguntas, afirmó que la gente se

conocía hablando, contando sus cosas, dando sus pareceres, confesando sus secretos. Para eso Dios Padre le había dado al hombre el don de la palabra.

Parecía decirlo en serio, sin ironía. Claro que con alguien como él, un ídolo del interior profundo, era difícil estar seguro. Su rostro terroso y su mirada de piedra no revelaban matices. El Conde prefirió dejar caer el tema y se volvió hacia el joven dormido. En realidad no lo había mirado con atención antes, aunque en el momento del accidente lo había tenido en sus brazos. Lo miraba como si lo viera por primera vez. De todos modos, si su primera impresión había sido subliminal, ahora la confirmaba: esa nariz demasiado achatada hacía imposible imaginarse (deducir) si con una nariz normal habría sido un rostro lindo o feo. Don Aniceto debió de adivinarle el pensamiento; le dijo que las fosas sinusoidales de Miguelito (que así se llamaba el joven) eran, por excepción de la excepción, una cavidad virtual. A resultas de un golpe que había recibido en su infancia, las paredes cartilaginosas se habían hundido. De modo que ese único vacío real en el cuerpo humano, en su caso, no era real sino virtual. Pero había retenido su cualidad elástica y en determinadas circunstancias volvía a conformarse, y entonces la nariz, recta y bastante prominente, volvía a sobresalir. Más de una vez le había hecho pensar que la fábula de Pinocho debía de haber sido inspirada por un caso similar, lo que indicaría que el de Miguelito no era tan único como parecía. La fábula, apuntada a la pedagogía infantil, había simplificado en «mentira» el complejo discursivo al que obedecía el fenómeno. Como bien lo había recordado el Conde, las fosas sinusoidales actuaban de cámara de resonancia no sólo de los mecanismos respiratorios, olfativos, gustativos, auditivos, visuales, del equilibrio y la locomoción, sino también de la actividad químico eléctrica del cerebro. Y la complicación del proceso de las ideas era enorme, proteica.

Pero, opinó el Conde, no se podía negar que la pareja Verdad-Mentira resumía bastante bien esa complicación, al fin de cuentas.

Con su modalidad peculiar de cortesía, que se asemejaba a la indiferencia de la Madre Naturaleza, don Aniceto le dio la razón, pero sólo para manifestar de inmediato su desacuerdo. Puesto en esos términos dicotómicos de blanco-y-negro, la Verdad era un lujo del poder. El que decía «yo no miento» o «yo no miento nunca», lo decía por hallarse en una posición de poder. Podía permitírselo.

El subyugado sobrevivía, casi exclusivamente, gracias a la mentira. Y la acusación de mendacidad, que nunca faltaba en el discurso de la dominación, contribuía a consolidarla. Pero estaban entrando en el terreno, tan abstracto como resbaladizo, de las palabras y las definiciones, que en este caso, además, se mordían la cola o se hacían autorreferentes. Se haría entender mejor con el relato del episodio infantil que había hecho de Miguelito el Pinocho neumático al que siempre, por un motivo o por otro, se le pinchaba el paladar.

La historia empezaba en la guardia de un hospital del gran Buenos Aires, con un hombre de pueblo, mal entrazado, llevando de la mano a un niño de ocho años lloroso y amedrentado. El niño era Miguelito, el hombre su padre, Santiago «el Chucho»

Estévez. Miguelito era el paciente, el Chucho lo llevaba; ese solo hecho ya comportaba una anomalía, que no dejó de ser observada por el personal sanitario: en la zona humilde que atendía ese hospital lo normal era que de los niños se ocuparan las mujeres. Era rarísimo que apareciera en escena un padre, y cuando aparecía era un anuncio de problemas. La ideología dominante quería que los hombres se desinteresaran de su prole inmediatamente después de la concepción. Había una cierta elegancia bárbara en ignorar cuántos hijos tenían, sus nombres, sus edades. Toda esa materia se consideraba «cosa de mujeres». De modo que un hombre llevando a su hijo al médico sólo podía obedecer a algún motivo grave o retorcido, o en todo caso oscuro.

Tuvieron que esperar un buen rato. La atención era gratuita, a cambio de lo cual había que soportar algunas incomodidades. El Chucho Estévez las soportaba de mal modo, fumándose unos negros, lanzando vidriosas miradas despectivas a pacientes y enfermeras, y de vez en cuando al niño encogido a su lado, que hacía muecas y ahogaba sollozos conteniendo el dolor y el miedo.

Cuando les tocó el turno y pasaron a la salita interior, el padre le informó al médico que su hijo se había roto el dedo meñique de la mano. No dijo más, y lo dijo en su lengua tartajosa de peón de changas, borracho consuetudinario y hombre, en general, habituado a hacerse entender más por la acción que por la palabra. Tras lo cual, hosco, retrocedió a un rincón, a fumar con cara de no tener nada que ver.

Dos largas horas después salían, Miguelito con un brazo enyesado hasta el codo, y el meñique inmovilizado suplementariamente por una barra metálica que corría por abajo del yeso y asomaba la punta plateada rodeando la uña y la yema del meñique. Seguía lloriqueando y haciendo muecas de sufrimiento, tanto o más que antes, lo que indicaba que el dolor debía de ser extremo porque sabía cuánto le molestaban a su padre esas manifestaciones, y en su presencia hacía todo lo posible por reprimirlas. Y, en efecto, el padre estaba molesto en sumo grado. Murmuró un par de veces entre dientes «callate, maricón», con lo que no obtenía más que una tregua momentánea, tras la cual recomenzaban los gemidos. Apuró el paso, apretando la otra mano del chico (gemido) y tirando de ella para apurarlo (más gemido). Supuso que lo que dolía era el yeso. Había oído distraídamente, y porque no tuvo más remedio que oírlo, que el médico les daba cita para dentro de cuarenta días, y pensó que le sería difícil soportar durante todo ese lapso las quejas del mocoso. Ya había decidido que sus ausencias del hogar se acentuarían todo lo posible. Un desocupado de su calaña siempre encontraba excusas para salir. Aunque ahora que se le había acabado el crédito y los amigos, una de las pocas diversiones que le quedaban era hacerse el violento (no le costaba mucho) con su pobre esposa y sus hijos. De hecho, así había empezado todo. Por alguna nimiedad había empezado a pegarle a Miguelito y al levantar éste una mano para parar una de las trompadas, le había quebrado el meñique. Era por eso que lo había llevado él al hospital, de modo de evitar una acusación. Su mujer, de puro atolondrada, podía hablarle de la paliza al médico,

cuando éste le preguntara qué había pasado. No era que el Chucho tuviera miedo de las represalias policiales o judiciales: para eso era el señor en su casa. Pero con las nuevas leyes peronistas nunca se sabía.

Si hubiera prestado más atención durante el proceso médico, le habría sorprendido la persistencia del dolor, porque al niño le habían dado una inyección de anestesia en la base del meñique. Claro que si hubiera prestado más atención, las cosas habrían sido muy distintas.

Pasaron las horas y el llanto no amainó. El Chucho se había tirado en la cama con intención de dormir, pero no pudo hacerlo. Le molestaba el ruido, y más le molestaba que el único ruido que se oía fuera el llanto contenido de Miguelito: ni su madre ni los otros niños abrían la boca, y su silencio sonaba deliberado y medroso; anunciaba algo, y ese algo tenía el tono inconfundible de la revelación de un secreto. Al fin no aguantó más y se levantó. El niño, sentado en la única silla, estaba pálido, al borde del desmayo. La madre, de pie en el otro extremo del monoambiente que hacía de cocina, sala de estar y dormitorio, lo miraba despavorida, aun cuando intentaba disimular. Los otros niños se escaparon a la calle y no se los volvió a ver en el resto del día.

Obtuso como era, el padre tardó un rato en entender lo que había pasado. O bien, quizás, entendió enseguida pero tardó en aceptarlo. O no lo entendió nunca. Era bastante obvio: le habían enyesado la otra mano. Ahora era más obvio que un rato antes, porque el meñique quebrado, que seguía desnudo y a la vista, se había puesto morado, y palpitaba visiblemente. Y al otro lado del cuerpo ese enorme yeso, con la grampa de metal, tan inútil, parecía una burla.

¿Qué había pasado? El mediquillo inexperto le había preguntado al chico en qué mano había sucedido el accidente, y había formulado la pregunta justo en los términos que Miguelito no podía responder: ¿la derecha o la izquierda? Asustado, y sin querer confesar su ignorancia del significado de esas palabras (no por vanidad personal, sino porque temía que al confesarlo pudieran acusar al padre de no haberle brindado una adecuada educación) el chico había contestado con un «sí» al azar; el médico sacudió la cabeza ante tanta estupidez: ¿cómo podía haber gente que no se diera cuenta de que la afirmación o la negación no eran la respuesta a una alternativa? Ahora debería formular dos preguntas. No fue necesario, porque a la primera, «¿la derecha?», el niño volvió a asentir. Y a partir de ahí todo se hizo en esa mano, sobre un Miguelito aterrorizado por las consecuencias que podía prever del error, pero sin atreverse a corregirlo.

Entre paréntesis, dijo don Aniceto, esta anécdota echaba luz sobre la calidad de la atención en los hospitales públicos de la época. La intención no era mala: llevar al pueblo los adelantos de la medicina, poner la ciencia al servicio de los humildes. Pero si eso se hacía sin los recaudos psicológicos necesarios, era peor que inútil. Aunque la aporía era inescapable: a las clases inferiores había que comprenderlas; pero comprender era una forma de dominar. Entonces, ¿había que perpetuar la

dominación? Él no tenía la respuesta.

Cuando el Chucho Estévez captó en toda su dimensión el error cometido, y su responsabilidad en él, su furia ya no se contuvo más. (¿Pero acaso alguna vez se había contenido?) Cayó sobre su hijo como una tromba vengadora. Cada golpe iba cargado con el resentimiento y la vergüenza del «humillado y ofendido» por la vida y la historia, transmitiendo su mensaje: al hijo del pobre no era necesario que lo castigara la sociedad: el mismo padre que lo había engendrado se encargaba.

Fue uno de esos golpes, concluyó el narrador, el que le aplastó la fosa sinusoidal. Definitivamente y para siempre, porque eso no se enyesaba.

Ésa era, muy resumida, la historia de Miguelito. ¿Qué le había parecido?

El Conde, maestro de la improvisación, podía improvisar cualquier cosa menos un juicio. Un relato siempre le dejaba en la mente una cantidad de hilos sueltos que sólo el tiempo, y sólo otros pensamientos, que no tenían nada que ver, anudarían. Y casi todo en el mundo, de un modo u otro, era relato. En este caso no se le escapaba que en la actitud del viejo había algo desafiante. Su pregunta se refería no tanto a la calidad estética o intelectual de su cuento como a la diferencia entre éste y el que había contado el Conde: la suya era una historia sin sutilezas ni misterios, cruda y transparente, que demostraba que aun sin las «bellas asimetrías» de la narración elitista un cuento podía entretener y entenderse. A juzgar por la elección del tema las «bellas asimetrías» se le habían quedado atragantadas a Don Aniceto, y se había propuesto, más que nada, su demolición en regla. A pesar de todo lo cual el Conde no pudo sino balbucear unos adjetivos de compromiso: Curioso... interesante...

Don Aniceto en realidad no esperaba un juicio. Su pregunta había sido retórica. Se explicó: lo que había contado no era tanto «la historia» de Miguelito sino el origen de su historia, las premisas de una historia posible. Si bien toda historia era la historia de un origen, había que hacer la diferencia entre historia y origen.

Porque la historia del joven, la historia propiamente dicha, no era, podía asegurárselo, ni «curiosa» ni «interesante». ¿Cómo habría podido serlo? Pasada la etapa de su origen, superado su «mito de origen», era la consabida historia del que ha quedado al margen, el descartable, el resto insignificante: en una palabra: el pobre. ¿Qué hacía Miguelito, qué había hecho todos estos años desde los sucesos de su infancia, entre los altivos Orlov? Era el típico «sapo de otro pozo», que nunca falta. La interrelación de ricos y pobres era compleja. Los primeros, con buenos motivos, trataban de mantener la separación, pero mil factores los estaban mezclando siempre. Mil y uno, porque había que agregar el tiempo. Ahí llegaba al fondo de su argumentación. La dualidad social histórica de ricos y pobres era una asimetría, pero no una de las «bellas»: era una «fea asimetría». Las «bellas asimetrías» de los ricos en realidad eran una forma de la simetría. Con las «bellas asimetrías» se protegían imaginariamente de la interpenetración, que se producía en los hechos por acción de las genuinas, «feas» asimetrías de la vida. La ideología dominante negaba esta verdadera asimetría, al pretender que en el cuerpo social había una simetría perfecta,

como debía haberla en el cuerpo visible del ser humano. ¿Sabía el Conde que estudios experimentales llevados a cabo en universidades norteamericanas habían revelado que el hombre y la mujer, sin saberlo, toman en cuenta la simetría del rostro, y del cuerpo en general, en la elección de pareja? La especie se los ordena, pues el quantum de simetría se corresponde con el de salud reproductiva. Una sencilla interpolación inconsciente trasladaba esos imperativos al cuerpo social. Pero la realidad lo desmentía siempre. Bastaba con ir al cine, o encender el televisor. Una escena filmada en la calle, cualquiera, mostraba una intrincación tal de pobreza y riqueza que si se la pusiera en un diagrama quedaría una figura barroca, retorcida, con salientes y entrantes por todas partes. No importaba que fuera un documental o una ficción.

Ahí él veía una diferencia crucial entre novela y cine. Era concebible, y fácilmente realizable, una novela larga y cargada, con un drama familiar por ejemplo, y alternativas psicológicas, eróticas, filosóficas, que a pesar de todo su realismo mantuviera al lector en la ignorancia del nivel económico en que sucedía la acción; podía haber sucedido en una fastuosa mansión o en una humilde casita de barrio obrero. Con el cine, sería imposible. ¿Que con la novela también sería imposible? No, no estaba de acuerdo. Bastaría con la habilidad del autor, para escamotear elegantemente algunos datos, y distraer con otros de este escamoteo; era cierto, concedía, que quedaría una novela bastante rara, una de esas novelas en las que se siente que hay algo no dicho, un secreto que no se confiesa; pero eso no haría más que agregarle méritos. Y, por lo poco que sabía de la literatura contemporánea, lo raro y lo anormal se habían vuelto corrientes en la novela.

La narrativa social era muy lógica, de hecho era el modelo de toda lógica, como que funcionaba según una estricta mecánica de causas y efectos (en la jerga sociológica, «premios y castigos»). Esa misma lógica, que era la Lógica, quería que para cada causa hubiera un efecto, y para cada efecto una causa. Una perfecta simetría bilateral. Pero había vidas que eran pura causa, con un efecto minúsculo, raquítico, colgando al final de la robusta, indestructible cadena de causas. Ésas eran las vidas de los pobres. Y otras vidas, las de los ricos, eran pura manifestación del efecto, con una pequeña, olvidada causa allá al comienzo (solía ser una jugosa herencia). Por supuesto, estaban todos los estadios intermedios, pero la tan deseada simetría no se daba nunca. Sin contar con que había pobres que disimulaban su pobreza, por orgullo o cálculo, y ricos que ocultaban su riqueza, para prevenir pechazos o no pagar los impuestos.

Por lo demás, siguió como en una ensoñación, la riqueza de los Orlov, indivisa como quería la norma ancestral, era un monstruo extraño, cuya figura se habría negado a aparecer en diagrama alguno. Los miembros del clan eran doscientos cincuenta, y todos sin excepción recibían a fin de año su cheque de dividendos. Y sin embargo muchos de ellos eran pobres, vivían en otra esfera social, arrastraban pérdidas, fracasos, ansiedades, tanto más dolorosas por inexplicables e inexplicadas.

Quizás el problema estaba en no haber hablado con claridad cuando era el momento. El caso de Miguelito era ejemplar. Él, don Aniceto, lo había querido como a un hijo. ¿Cómo no querer a un joven pobre? Pero pasaba el tiempo, el joven dejaba de serlo, llegaba a ser un pobre a secas, y entonces era como si toda su vida hubiera pasado. ¿Y cómo querer a alguien que ya no tenía vida? Debería haber hablado en el momento justo, haberse dado existencia con la palabra; que era justamente lo que no podía hacer.

## IV

A todo esto, el niño había seguido haciendo de las suyas, aunque por suerte sin volver a acercarse al proyector: o había encontrado otra actividad que lo divertía más, o había notado la vigilancia que ejercía el Conde sobre el aparato (y sus comprometedoras placas). Lo segundo era improbable. Actuaba de un modo demasiado precipitado y atolondrado para tomar en cuenta vigilancias o amenazas: era una verdadera peste, un animalito, entregado en cuerpo y alma a sus impulsos y placeres, el «instrumento ciego del destino» que había visto en él el Conde cuando su alarma inicial. Y en ese sentido, acentuando apenas la primera impresión, ya no veía un animalito suelto sino un objeto, agitado por las órdenes de la fuerza de gravedad, la inercia, el movimiento de los átomos. Con la atención dividida por su diálogo con Aniceto, el Conde veía pasar al niño, siempre corriendo, apuradísimo, gordo, pequeño, redondo, como una pelota que patearan los invitados, para un lado, para el otro; más que a una pelota de fútbol, dirigida por profesionales en trayectorias limpias e intencionadas, se parecía a una de esas coloridas pelotas de playa, por sus rebotes inciertos y torcidos. Pero para los adultos presentes era como si no existiera; a una pelota le habrían llevado más el apunte, al menos si la consigna hubiera sido patearla y pasársela unos a otros.

Oyendo la historia de Miguelito, percibía un contraste en toda su magnitud: a este gordo consentido nadie le levantaría la mano, y no sería fácil amedrentarlo. No conocía el miedo. Era el típico producto de padres encandilados con la prosperidad, absortos en el descubrimiento de los beneficios recién adquiridos de la riqueza. Estaba respaldado por la civilización, la culpa, y la sobreoferta de consumo. Cómo habían cambiado los tiempos. Y no habían pasado siglos, ni siquiera generaciones. Todavía vivían hombres que de niños habían sufrido brutalidades hoy casi inconcebibles, prehistóricas. Y habían sobrevivido, como lo probaba el joven dormido a su lado. Podían contar su historia, o ser testimonios vivientes de ella.

Se la diría no sólo otra época sino otra etapa de la evolución de la humanidad. Pero había algo que las unía por encima del tiempo y los cambios: la ropa. Ya antes el Conde se había fijado en la curiosa indumentaria del niño. Ahora se preguntaba si no estaría disfrazado. En la actualidad a los niños (y los que había visibles en ese momento lo probaban) no se los vestía con trajes de ésos sino de modo más informal. Claro que un niño *dandy* podía encapricharse con alguna prenda ridícula o inadecuada para su edad, y los padres le darían el gusto; pero este gordito revoltoso parecía lo menos *dandy* del mundo. Siguiendo ese hilo de pensamiento, recordó que él de niño había tenido un atuendo similar, por no decir idéntico: esa chaqueta negra con solapas y tres botones, la camisa blanca, el moñito (no de lazo sino ya armado, y con un elástico que se pasaba por el pliegue del cuello de la camisa), los pantalones cortos grises, zapatos negros de charol con zoquetes blancos, y hasta la gorrita redonda con el molinete o hélice en la coronilla. Le parecía estar viéndose a sí mismo

a los ocho años; había sido así de rollizo, y probablemente muy parecido de rostro: los ojos negros en contraste con la tez rosada, la boquita pequeña, un Orlov clásico. ¿Por qué lo habrían vestido así? No le sorprendería que aquella moda hubiera vuelto, como volvían todas las modas; pero en ese caso habría visto más niños vestidos así, y no era el caso. Y si la moda no había vuelto, ¿de dónde habían sacado esas prendas? Por un momento se le ocurrió que eran las suyas, las mismas que había usado él de chico; su madre las habría guardado; recordaba haberle oído decir alguna vez que había guardado toda la ropa que él había usado en sus años de infancia, «nueva», subrayaba ella: porque había sido un niño de crecimiento muy rápido, casi exagerado, al entrar a la adolescencia ya tenía el tamaño de un adulto, y de un adulto corpulento, no le daba tiempo de gastarse a la ropa ni a los zapatos. Ignoraba qué había sido de las pertenencias de su madre al morir. Sus problemas lo habían tenido distanciado de la familia, o de una rama u otra de la familia, durante años; durante toda su vida adulta, en realidad. Como resultado de lo cual había mucho de sus hábitos, ceremonias y tradiciones que se le escapaba. De hecho, no le había quedado del todo claro lo que se celebraba en esta ocasión; quizás nada. De cualquier modo a él le daba lo mismo: no había venido a celebrar nada. Quizás se había establecido una costumbre de vestir a un niño con la ropa conservada de algún mayor, de algún antepasado... El Conde no era antepasado de nadie, pero quizás él no había sido el primero en usar esa ropa, aunque así lo hubiera creído en su momento, como ahora debía de estar creyéndolo este niño gordo.

Por un instante, pero sólo por un instante, le pasó por la cabeza la posibilidad de que hubiera ahí algún mensaje dirigido a él: que sabiendo que él iba a asistir, y viendo el parecido de este crío con el niño que él había sido, hubieran desenterrado de un baúl sus viejas ropas para crear un facsímil infantil suyo... ¿Con qué objeto? Mostrarle que eran conscientes, o burlarse, de su posición de dependencia, de su irresponsabilidad y negativa a asumir los deberes de la vida adulta. Lo descartó. No le convenía ponerse paranoico, porque entorpecería las maniobras que se proponía llevar a cabo, para las que necesitaba un máximo de autoconfianza y arrojo.

Lo veía agitarse como un loco, ir, venir, dar órdenes a sus primos, llevar y traer objetos, apilarlos, moverlos. ¿Nunca se cansaba? Mirarlo cansaba. Los niños de esa edad tenían una energía y una resistencia con las que ningún adulto podía competir. El Conde se felicitaba de no haber tenido hijos. Habría tenido que pasar por la ignominiosa experiencia de abandonarlos. En él había algo definitivamente refractario al carácter infantil, sobre todo en lo que tenían de gratuitas las actividades, tan frenéticas, de los niños. Frente a ellos se sentía, aunque la comparación no lo favoreciera, como uno de esos grandes reptiles que pueden mantenerse inmóviles durante eternidades, y sólo a la larga, muy a la larga y cuando es imprescindible, hacen un movimiento, uno solo, que dura una fracción de segundo, y con él se procuran comida o refugio o sexo, y vuelven a su quietud de objeto. Nada más alejado de ese paradigma de eficacia que la agitación sin sentido de los niños.

Haciendo honor al símil del saurio soñoliento, el Conde llevaba más de dos horas sentado en el sillón, con el único interludio de su desplazamiento en busca del médico. En todo ese tiempo sólo había movido las pupilas, con un giro lento y bien disimulado bajo los gruesos párpados (provistos de unas pestañas que le habrían envidiado las *misses*). Y eso sólo porque no quería perder de vista al mocoso. Había seguido sus evoluciones mientras hablaba con don Aniceto, creyendo todo el tiempo que estaba viendo una agitación incoherente, puro gasto de energía sin dirección, las cansadoras repeticiones incansables de los niños que juegan por jugar. A esa sensación pudo contribuir el hecho de que no lo miraba todo el tiempo ni prestando atención, sino sólo cuando apartaba la vista de Don Aniceto. Pero después se dio cuenta de que había registrado todo o casi todo lo que había hecho ese pequeño demonio. No necesitaba desdecirse: era puro juego, incoherente y absurdo. Pero aun así, y quizás beneficiado por la discontinuidad de su atención, lo había observado todo y había ido desglosando los distintos argumentos en que se complacía la fantasía pueril de ese inventor.

Quizás el niño se había hecho entender por él porque tenía que hacerse entender por sus acólitos. Les gritaba todo el tiempo, a voz en cuello, autoritario, impaciente, dictatorial. El Conde no lo oía: esas escenas de juego, para él mudas, sucedían al otro extremo del gran salón lleno de parientes hablando: lo veía gritar, colorado por el esfuerzo, a veces le llegaba uno de sus chillidos agudos, pero no las palabras. No le sorprendía que los otros, que suponía sus primos, le obedecieran como parecían hacerlo: ese chico, por la fuerza de su convicción, tenía pasta de líder, y en esos grupos de niños que se formaban en las reuniones familiares, lo mismo que en la barra de la esquina, siempre había uno que asumía el mando, y los demás obedecían, no tanto por sumisión como por organizarse y no perder tiempo de juego, siempre escaso para ellos.

Además, era el mayor. Los otros eran dos niñas, una de siete años, la otra de cinco, la de siete compuesta y formal, con su vestidito rosa, la otra más inquieta. Se turnaban para llevar de la mano, y levantarlo cuando se caía, a un crío de poco más de un año. Completaba el grupo otro varón, que parecía un poco menor que el gordito líder, aunque quizás no lo fuera: su físico era esmirriado, y la cabeza rapada lo hacía semejar a un presidiario en miniatura: o bien esta semejanza se le ocurría al Conde por las marcas de golpes y raspones que el chico tenía en la cara y brazos y piernas, como si hubiera estado peleando o cayéndose de los árboles. Tenía los ojos redondos e inexpresivos de un bebé, y parpadeaba todo el tiempo por causa del humo del cigarrillo que tenía en los labios. El Conde no se explicaba cómo le permitían fumar a un niño de esa edad. Con todo, no le asombraba demasiado, porque en la familia había, lo sabía bien, fumadores empedernidos, verdaderos maniáticos del tabaco, por lo que era probable que este chico hubiera crecido entre perennes nubes de humo.

Pudo reconstruir las distintas etapas del juego desde el comienzo mismo. Cuando el niño se retiró del proyector, causando el accidente, lo hizo atraído por algo que le

pareció más prometedor, y que debió trasladar al rincón donde las niñas habían hecho un espacio de juego, cosa que explicó sus carreras posteriores (había necesitado ayuda). Se trataba de una serpiente, una mamba superdesarrollada, de dos metros de largo por lo menos, gruesa como una manguera de bomberos; primero intentó cargarla solo, pero tuvo que renunciar, quizás no tanto por el peso como por lo incómodo de ese formato dos veces más largo que él, viscoso y resbaladizo, que no se dejaba enrollar fácilmente. No debía de estar exactamente embalsamada, o lo estaría con un procedimiento especial que le permitía algunos movimientos de su figura sinuosa.

¿Para qué la quería? Quizás en un primer momento no lo sabía. Ya se le ocurriría algo. Por lo pronto, era un objeto eminentemente deseable para un niño por sus colores lujosos, sus escamas afiligranadas, la mueca de amenaza en la que se la había fijado, la boca abierta adelantando los letales colmillos, la lengua bífida asomando veinte centímetros (una licencia del embalsamador, pues las serpientes sólo sacaban la lengua cuando tenían la boca cerrada), su exotismo africano. Si hubiera podido esconderla en un bolsillo, se la habría llevado a su casa. Pero ya había inventado un juego, que consistía en que los demás se acostaran en el suelo y simularan dormir, mientras él hacía deslizar la serpiente sobre sus cuerpos. Lo hacía con habilidad, aprovechando todas las posibilidades de flexión del monstruo, y lo acompañaba con unos silbidos que él juzgaría escalofriantes. (Estos silbidos el Conde no los oía desde su sillón pero podía deducirlos por el fruncido de los labios del niño gordo, y el modo en que inflaba los cachetes.) Las niñas se mantenían razonablemente quietas, reprimiendo un temblor de espanto cuando la mamba recorría sus gargantas con las dos puntas de la lengua. Cuando se apartaba de ellas, y reptaba en círculos, cada vez más lejos, debían mantener la inmovilidad del falso sueño. ¡Cómo lo obedecían!

De entre la tropa de durmientes se levantaba el chico pelado, siempre con el cigarrillo humeante en los labios. Las niñas (con el pequeño a la zaga) debían salir de su sueño, pero no del círculo que había dibujado la serpiente, infranqueable, y huir del abrazo del Robot. Porque el chico pelado estaba representando a un robot o zombie, salido de un cementerio o del laboratorio de un científico siniestro. Esto último era lo más probable, según la imaginación del director del juego, que había dejado a la mamba y ahora empuñaba un aparato de control remoto de televisor, y con él «dirigía» los movimientos de su robot. El espanto de las niñas estaba bien representado, y llegó a estar algo más que representado cuando una de ellas pisó la punta de la cola de la serpiente, y debió de activar los flejes metálicos o resortes con los que se había logrado la flexibilidad del reptil, porque éste se alzó de pronto en toda su altura, como bajo el efecto de la flauta de un encantador. Fue un convincente símil de vida. El gordito lo aprovechó de inmediato: gritando órdenes como un energúmeno, y apuntando con su control remoto, del que tocaba todos los botones a la vez, orquestó el combate del Robot contra la serpiente; el Robot pasó de ser una amenaza para las niñas a ser su única protección.

La niña más pequeña se había acostado otra vez en el piso, y para calmar al bebé, que se había asustado, fingía dormir, la mejilla pegada a la de él. El resultado fue que se durmieron los dos. Y como si salieran de sus sueños, en un cuadro vivo, aparecieron en la cabecera de su lecho improvisado una gallina y un canguro albino, ambos en posturas de declamación, alertas, la cabeza erguida, y por supuesto inmóviles. Los dos varones y la niña más grande, siempre a las órdenes del Amo del Juego, los habían transportado. Ahora el juego consistía en sacarse los zapatos, quizás para no despertar a la niña dormida, que estaría soñando y su sueño sería la gallina y el canguro, que se desvanecerían en el aire como espejismos si ella se despertaba. Pero eso podía ser una interpretación del Conde, demasiado racional para ajustarse a las reglas fluctuantes de los jugadores. Más probable sería que se descalzaran para ganar agilidad en las carreras que siguieron: jugaban a las escondidas. De pronto habían desaparecido todos; se habían escondido, y reaparecían de golpe, en una carrera desesperada para tocar la «piedra libre». Ésta era móvil (otra innovación del inventivo niño gordo): una rueda de carreta decorativa, en maderas preciosas talladas que representaban, en el costado externo del aro, escenas de la vida del gaucho, en el ciclo anual de trabajos rurales. Los pequeños demonios la habían sacado del pedestal en que se sostenía, frente a la chimenea, y la hacían rodar entre los invitados. El escondido que la tocaba antes que el que lo buscaba, gritando «piedra libre», ganaba la partida. Orlov, que recordaba haber jugado a las escondidas (era el único recuerdo que conservaba de su infancia), recordaba que la «piedra» para librarse era, por definición, fija e inmóvil. Esto de hacerla móvil equivalía en cierto modo a hacer trampa, pero era muy característico de este niño. Sus veleidades eran imprevisibles. El juego de las escondidas se había transformado insensiblemente en el juego de la guerra, transformando retrospectivamente las escondidas en una huida (en la carreta de una sola rueda) de la ciudad tomada por los animales en rebelión: la gallina, el canguro, y la misma mamba se habían apoderado de las instalaciones, y habían tomado de rehenes a la niña dormida y el bebé; los otros habían debido escapar en medio de la noche, a la primera alarma, de ahí que lo hubieran hecho descalzos; reaparecían reptando, apuntando y disparando con armas imaginarias. El control remoto volvía a funcionar; el robot fumador atacaba y volteaba a la gallina, al canguro y se trababa en un abrazo teledirigido con la serpiente.

Como todos los juegos de niños, y grandes, éstos tenían sus reglas; no importaba que se las inventara sobre la marcha, o que se las cambiara en el curso del juego: las tenían igual. Para el observador desde afuera (y desde lejos), esas reglas había que deducirlas. Pero la deducción no era consistente, pues se trataba de reglas gratuitas, de juego, sin una lógica estricta. El niño gordo inventaba movimientos enigmáticos, acciones absurdas, por el gusto infantil del enigma o la intriga sin solución. Como para que nadie entendiera, y así crear una imaginaria amenaza, no sólo sobre sus compañeros sino sobre el mundo en general.

En el fondo, se trataba de un juego de poder. Él daba las órdenes, y los otros

obedecían, no tanto por reconocer su superioridad como por la velocidad con que se sucedían y cambiaban las reglas y los episodios del juego: así los tenía en suspenso sobre lo que pasaría a continuación. No les daba tiempo a incubar una rebelión. Era un modo mágico de hacerse obedecer. Quizás el absurdo siempre servía para eso.

Todos los juegos anteriores habían transcurrido mientras el Conde contaba la historia de Elena Moldava. Quizás eran un solo juego, encadenado en una historia única. No era raro que los distintos episodios de una historia parecieran historias distintas y autónomas. Se dio cuenta de que en la casa no vivían niños: por eso no había juguetes. El Conde no era el único de los Orlov que aborrecía la descendencia. Los patriarcas envejecían lejos de sus vástagos y de los vástagos de sus vástagos. Un clima de adultez, de intereses juiciosos, de seriedad, se imponía como una capa de nieve sobre las cumbres de la familia.

La ausencia de juguetes enriquecía el juego; había que inventarlo a partir de lo que había. No había resultado difícil, a juzgar por lo que estaba viendo. La creatividad infantil triunfaba en sus lujos inútiles, en su desperdicio y su fugacidad. Los resultados se perdían para siempre.

Después, mientras escuchaba de boca de don Aniceto la historia de Miguelito, siempre vigilante, Orlov había seguido las evoluciones de la bandita allá en su rincón. Habían hecho escalamientos, a los ornados armarios y bahuts, saltando sobre precipicios imaginados, después había habido un viaje en avión, alternando en los papeles de pilotos, azafatas y pasajeros. Un accidente en las montañas, el avión se dividía en tantos aviones como pasajeros llevaba, y los sobrevivientes (todos) practicaban alpinismo... Eso tenía de ambigua la reconstrucción que hacía el Conde de lo que había visto: que no sabía cuál juego venía antes y cuál después. Descalzos otra vez, usaban los zapatos como moneda en el mundo que habían creado, quizás definitivamente aislados en un valle perdido, después de que el avión se estrellara. Una nueva sociedad, en la que los zapatos (¿o sería el número que calzaban?) fundaba una nueva economía, y hasta una nueva matemática. Aunque lo más probable era que se tratara de racionalizaciones y en realidad no se tratara más que del vértigo ciego del juego. Así debía de ser, porque al final estaban haciendo algo refractario a cualquier explicación: empujaban un alce, con rueditas en las patas, entre los invitados, los dos varones empujando las dos patas delanteras, las niñas las traseras, el bebé atrás con sus pasos vacilantes. Tomaban velocidad, y no dominaban bien al enorme animal, que se abría paso entre la concurrencia, las aspas golpeando y haciendo tintinear los caireles de las arañas, las rueditas mal aceitadas rechinando sobre el *parquet* en sus curvas impredecibles. Chocaba contra las mesas, hacía estremecer la vajilla, retrocedía, tomaba impulso para otro lado, volteaba una silla...

Era el colmo. Orlov oía la historia proletaria y miserabilista de Miguelito, que por mucho menos se había ganado marcas de por vida, y veía las hecatombes producidas por este pequeño caudillo gordo impune y desencadenado...

Pero entonces cayó en la cuenta de que era demasiado. A ningún niño consentido

se le consentía tanto, y menos en la familia Orlov. Tenía que haber una causa precisa para permitir esas carreras, esos destrozos, esa manipulación desenvuelta de las valiosas piezas de la colección de animales embalsamados del dueño de casa. Y esa causa, la había tenido ante la vista todo el tiempo, sólo que se había resistido a reconocerla: los invitados, los miembros cercanos y lejanos de la familia que habían acudido esta tarde, estaban absortos en sus asuntos, en sus maquinaciones. Había dado por sentado desde el principio, sin reflexionar, que toda su parentela se limitaba a disfrutar de una reunión, a charlar de temas intrascendentes, distraídos, mariposeando. Y él se había creído el único que asistía movido por un interés que lo tocaba a fondo y que exigía toda su atención y concentración. ¡Y no era así! Todos estaban jugándose la vida en sus intrigas, todos necesitaban enfocar hasta la última neurona en su interlocutor, no podían dejar escapar una palabra, un gesto, un matiz. Sólo así se justificaba que los niños pudieran hacer de las suyas como en un universo paralelo.

## V

La conversación lo había serenado; lo había llevado a una esfera elevada en la que las palabras perseguían desinteresadamente, como por juego, a las ideas, y las ideas a las palabras, como seres alados en círculos transparentes...

¿Pero desde qué otra esfera había sido llevado a ésta? En la calma recién adquirida, en este desasimiento especulativo al que había volado en pos de las irisadas libélulas del ideal, podía preguntárselo. Y veía, a lo lejos, minúsculo, el episodio en el que alguien como él, una figura humana con su cara y su cerebro, se había asustado por creer que uno de sus secretos estaba a punto de revelarse. Veía la escena como un mensaje transmitido en mímica; y él, además de detestar visceralmente a los mimos, nunca los había entendido.

Esa incompreensión se propagaba. No entendía nada. ¿Un secreto? ¿Cuál? Porque tenía muchos. Que hubiera sentido tanto miedo no constituía una prueba de que se tratara de algo muy grave, porque era bien sabido que, descontadas las consecuencias judiciales, la gente temía más la revelación de una pequeña mezquindad que la de un crimen.

Aunque no importaba la magnitud del hecho oculto. Bastaba con que lo desprestigiara en el preciso momento en que necesitaba mostrarse más decente, confiable, íntegro... Una brusca iluminación interrumpió su soliloquio, y fue como si lo despertara a la realidad. ¿Acaso había esperado engañar a alguien? «Decente, confiable, íntegro...» ¿Estaba loco? ¿No lo conocían bien todos los miembros de la familia a los que podía recurrir? Lo conocían demasiado bien.

No. No había secretos ni revelaciones que valieran. Su estrategia para esta ocasión, bien planificada (ahora lo recordaba) se basaba en presentarse tal cual era, sin disfraces, sin promesas de redención siquiera: era su último y definitivo disfraz, él mismo...

Pero entonces, el temor que le había causado la aparición de los cristales se debía a otra cosa... No la localizaba... El esfuerzo por encontrar lo condujo no al objeto de sus aprensiones sino a su soporte, los cristales. Más allá de la molestia que le causaban, recuperaba el sentimiento de maravillada admiración con que los había manipulado alguna vez. Eran pequeños, de poco más que el tamaño de una moneda, octógonos chatos con una especie de burbuja muy achatada en el centro, donde se hallaban las figuras. La más sutil química de la luz las fijaba. Aunque la expresión habría sido incomprensible en la época en que salieron a la venta, no había mejor descripción que la de «tarjeta de datos», ya que podían cambiar el nivel de la información que entregaban. En aquel entonces se los veía como un perfeccionamiento, estético más que técnico, de las diapositivas, descendientes a su vez de las placas coloreadas de las linternas mágicas. Su rasgo más notable, el de no necesitar una fuente de luz, no había llamado la atención; no se lo había notado como un progreso; al contrario, se lo veía más bien como un defecto.

Pasado el tiempo, obsoleto el sistema, cuando ya no quedaba nadie que conociera su función, eran sólo objetos. Al niño gordo le habrían parecido juguetes, figuritas de vidrio, televisores en miniatura, cualquier cosa por el estilo. No debían de haberle extrañado, seguramente no le parecieron, ni mucho menos, los prodigios que habían sido para los niños de antaño. Los de las nuevas generaciones estaban demasiado habituados a las representaciones proteicas del mundo digital para asombrarse de estas antiguallas. Y los niños pronto serían adultos, y la memoria de las viejas maravillas se perdería para siempre. De hecho, ya había adultos de éstos, jóvenes adultos, niños que habían crecido entre una reunión familiar y otra. Para ellos los cristales serían en todo caso objetos de colección, bellos y deseables sólo por la nostalgia que transportaban... Pero sólo para alguien con la sensibilidad del anticuario, con la cultura humanística necesaria para recuperar el aroma y el sabor del «tiempo perdido», es decir para saber qué había que recuperar, qué formas y colores tenía ese pasado. Y esa sensibilidad había quedado obliterada bajo el nervio y la prisa del pragmatismo y el interés. Por todo lo cual era comprensible que el Conde se hubiera asombrado de ver reaparecer los cristales.

Y sin embargo, a pesar de su doble o triple sepultura en el olvido y el extravío y la falta de interés, los cristales conservaban su potencia de representación e iluminación. Las imágenes tenían vida, en ellas había un presente más vivo que cualquiera de los pasados que evocaban. Podían hablar y dar testimonio. Como toda imagen, podían ser pequeñas o grandes, se diría que una voluntad interior a sus formas las llevaba a un tamaño u otro, a ser pequeñas como la punta de un alfiler o grandes como el cielo.

Si bien en el pasado la existencia de los cristales no había sido cuestionada, su realidad se había mantenido siempre un paso más allá de la utilidad o entretenimiento que pudieran brindar, y en consecuencia su funcionamiento había quedado envuelto en velos de misterio y fábula. Esto tenía, quizás, una explicación simple: por ser tan frágiles y caros, se los había mantenido lejos de los niños, y como con los niños las prohibiciones no eran lo más eficaz, se recurrió a dificultades y esoterismos reales o pretendidos. No debió de ser difícil implantar la creencia, ya que el mundo infantil era adepto al misterio.

El Conde se había quedado en ese estadio: su desconocimiento de la mecánica de los cristales era casi completo. No le había interesado desgarrar el misterio, porque nunca había sido hombre de misterios o poesías; con las dificultades de la más llana realidad cotidiana ya tenía bastante ocupación. Pero paradójicamente, eran los hombres prácticos los que, a diferencia de poetas y soñadores, preservaban intactos los enigmas y las brumas de la infancia, por no ocuparse jamás de ellos.

No obstante, reuniendo sus recuerdos y arriesgando alguna invención podía deducir la acción de los cristales. Si se necesitaba un proyector, como suponía, tenía que ser uno muy especializado. El que tenía frente a él no aparentaba ser el que correspondía. Debía de haber una innumerable cantidad de modelos; la aceleración de la tecnología, y de su consumo, no era algo tan reciente. O lo era para los aparatos

utilitarios; los hedónicos se habían sucedido siempre, desde la más remota antigüedad, a toda velocidad, reemplazándose de un día para otro, porque sí, sin razones; su apelación a la fantasía y la sorpresa lo hacía necesario, porque de lo inútil uno se cansaba antes que de lo útil. Anticipándose a un aburrimiento siempre previsible, los inventores se precipitaban a sacar de la galera un truco nuevo; a veces no importaba si lo nuevo era mejor; como no había parámetros funcionales con los que juzgar, no se sabía qué era mejor o peor. Bastaba con que fuera nuevo y distinto.

De modo que el pasado había quedado jalonado de mecánicas divertidas, magias a palanca, prodigios fugaces, que juntaban polvo en las estanterías de ropavejeros o tomaban sol los domingos en los mercados de pulgas. Y cuando consistían en dos elementos separados, como un proyector y una placa, era difícil, o imposible, encontrar los dos que coincidieran. Había coleccionistas que se pasaban la vida tratando de hallar el modelo de fonógrafo que hiciera sonar el alambre o el rollo de cera o el cartón perforado que atesoraban. O viceversa, si lo que tenían era el aparato. O los que buscaban el proyector que les hiciera visible el contenido de unos oscuros cuadrados de celuloide, con siluetas invertidas, indescifrables.

A esta altura de la Historia, los cristales debían de estar en esa melancólica situación. El Conde creía recordar, pero quizás se confundía, que para ver las imágenes había que insertar dos cristales en un dispositivo pequeño, con forma de binocular, y esperar un buen rato a que se produjera una estereoscopia natural... Entonces la ilusión de realidad era completa, la definición de los detalles alucinatoria. Pero había que disponer de los dos cristales de cada imagen, el derecho y el izquierdo, y (esto no sabía si lo recordaba o lo inventaba) en un costado del dispositivo había una perilla que debía girarse muy lentamente y con el mayor cuidado hasta lograr el foco perfecto; y tan delicado era el juego de poleas de precisión que los resortes de esa perilla se rompían siempre, por muchas precauciones que se tomaran. Todo conspiraba para que el secreto que guardaban los cristales siguiera secreto.

Aun así, el peligro seguía latente, en términos absolutos. Las coincidencias cuasi milagrosas (de proyector y placa) no podían descartarse. Y estaba la adaptación de artefactos para usos distintos de los originales, de la que nunca se sabía hasta dónde podía llegar. El ingenio del hombre en ninguna actividad podía dar tantas sorpresas como en la adaptación de unas mecánicas a otras.

Para neutralizar el peligro no tenía más que levantarse... Y ni siquiera tanto, sólo inclinarse hacia adelante, estirar el brazo, meter la mano en la caja del proyector, revolver hasta encontrar al tacto los cristales... ¿Pero era tan fácil? Una vez que los encontrara, no podía echárselos al bolsillo sin más. Don Aniceto no le sacaba la vista de encima, y no podía asegurar que alguien más, o muchos más, no estuvieran mirándolo. Si no lo habían hecho de modo ostensible hasta entonces era porque él había estado quieto, mimetizado con su inmovilidad.

Podía hacerlo fingiendo distracción, como si buscara un cenicero donde aplastar

la colilla, o dónde dejar el vaso... Pero la naturalidad en los gestos no era una garantía. La falsa naturalidad, menos. Si bien el Conde había debido confiar más de una vez en sus condiciones de actor, esa confianza descansaba en su uso de la palabra. Los gestos podían delatarlo. En realidad, ni siquiera se necesitaban gestos: su mera figura ya decía mucho, cargada como estaba de su historia. Mientras se mantenía quieto podía sostener la ilusión de ser invisible. Moviéndose, y si temía ser observado, sabía que se apoderaría de él una rigidez culpable, como la de un hipnotizado al que dirigiera un genio criminal. Ante el más mínimo desplazamiento de su cuerpo pesado todos se preguntarían «¿qué se propone? ¿qué nuevo plan ha puesto en marcha?». Era contradictorio, pero sólo una quietud de piedra le aseguraba la agilidad necesaria para llevar a cabo sus intenciones.

¿Y valía la pena? ¿Valía la pena arriesgarlo todo por lo que podía ser una prudencia mal entendida? Porque nadie sabía de la existencia de esos cristales, y cualquier cosa que él hiciera por recuperarlos no haría más que llamar la atención sobre ellos. Claro que aun eso estaría lejos de significar nada. Antes habría que encontrar el modo de ver las imágenes que contenían. Y las imágenes a su vez contenían una historia, que había que reconstruir. El juego de sacar la historia de una imagen muda requería atención, tiempo, ingenio, imaginación. Era un arte que se estaba perdiendo. Paradójicamente, la proliferación de imágenes en la sociedad actual desalentaba cada vez más su lectura, porque sus emisores se ocupaban de incorporar la lectura en la imagen misma, la hacían descifrable a primera vista, porque sabían que la reemplazaría otra de inmediato sin darle tiempo a nadie de ponerse a hacer el desciframiento, y entonces el mensaje se perdería. El instrumento mental necesario para extraer una historia de una imagen se había ido embotando.

Y, por último, aunque la historia saliera a luz, ¿podía perjudicarlo realmente? Por un lado, en el seno de la familia su reputación ya estaba demasiado comprometida como para que «una mancha más» hiciera otra cosa que confirmar la opinión que tenían de él. Por otro lado, los cataclísmicos cambios de las últimas décadas en los paradigmas éticos hacían dudoso que un hecho o conducta del pasado se juzgara con la misma severidad con que se lo había juzgado entonces. De hecho, la valoración podía invertirse.

Todas estas hipótesis y suposiciones y cálculos podían desvanecerse ante lo inesperado como los fantasmas que eran. Valían tanto como su opuesto, como suponer que la mera emergencia de los cristales haría pública no sólo la historia que contenían sus imágenes, sino, por una reacción en cadena, todas las demás historias de la vida del Conde, desde las más triviales a las más truculentas. Y había para entretenerse: su vida era una proliferación de historias. En lo cual no era una excepción, pues en general las vidas estaban hechas de historias, y las historias también estaban hechas de historias.

No había hecho nada por tenerlas. Se habían hecho solas, sin esfuerzo alguno de su parte. El Conde, que nunca había trabajado, dudaba de haber llegado a tener

alguna historia si para tenerla hubiera debido poner intención o acción. Conociéndose, sabía que se habría dejado estar, inmóvil. Como mucho, les habría opuesto una débil y cansada resistencia. Pero las historias se hacían solas, se las arreglaban con un incidente cualquiera, a partir de él tendían sus hilos, atrapaban otros hechos, que a primera vista no parecían tener nada que ver, de la nada se creaba un sentido, una trama.

Lo cierto era que las historias se acumulaban, y lo reclamaban como su autor, aunque él se sentía más su víctima que su autor. Pero estaban ahí, y volvían, volvían aunque más no fuera para decir que nunca se habían ido. Tarde o temprano, había que asumirlas. Quizás el modo de asumirlas era el cinismo, un sano y valiente cinismo, que tendría entre otros méritos el de hacer contraste con la hipocresía de tan hondas raíces y tan profusas ramificaciones entre los Orlov. Pero ésa era una utopía. Los gestos de arrojo, elegantes y dramáticos, estaban fuera de lugar en el prosaico mundo de la supervivencia. Eran un lujo que no podía permitirse. Había que vivir, haciendo caso omiso del hecho de que las historias siguieran acumulándose. Y para eso debía hacer buena letra. En otras circunstancias habría sentido vergüenza por su cobardía. Pero tenía la excusa (siempre la había tenido) de que se trataba de un expediente provisorio; sólo debía sostener la máscara un poco más, y que los secretos siguieran dentro del pasado un poco más. Mantener a raya las historias por el momento. Recordar que una historia, así estuviera contada a medias, esbozada, sugerida, siempre arrastraría consigo el pasado entero, por la ley de la asociación.

¿Hasta cuándo? Nunca se lo había planteado. Con la vista fija en la salida inmediata del atolladero más reciente, el pago de la deuda más apremiante, nunca se había preguntado si no habría una solución global. Tampoco lo hizo en esta ocasión. Estaba demasiado apurado para detenerse a pensar. Una especie de vértigo lo arrastraba. La guerra contra el tiempo había sido una constante en él. Una guerra toda hecha de batallas perdidas de antemano. Ante las derrotas él no hacía otra cosa que encogerse de hombros con una risa sarcástica. En el Conde Orlov había una potente veta de nihilismo: no podía ocupar el tiempo sino con la negación de su propio transcurrir; su lema parecía ser «terminar con la vida de una vez por todas». Y para eso se necesitaba ir rápido, a salto de mata, como una estrella fugaz, con el final siempre al alcance de la mano. A veces, experimentando esa aceleración hacia el infinito de la nada, podía sentir cómo el tiempo se escapaba de sí mismo: el tiempo, su enemigo, quedaba vacío, y a él lo inundaba la euforia de la irrealidad... Pero eso también lo ocultaba, por cálculo. Temía, con razón, que la gente a la que recurría en busca de ayuda, en alguna de las recurrentes ocasiones en que la necesitaba, se la negara diciendo «para qué voy a darte, si a vos ya no te importa nada». Y a él sí le importaba. Le importaba más que a nadie.

Sin moverse del sillón, sin dejar de vigilar al niño ni de escuchar a don Aniceto, que ya estaba llegando al final de la triste historia de Miguelito, lanzaba de vez en cuando miradas a los invitados, y creía detectar miradas dirigidas a él, que se

desviaban de inmediato, culpables. Más de uno debía estar preguntándose qué nueva calamidad le habría caído encima para que se hubiera dignado a venir a socializar con la familia, qué nueva estafa se traía entre manos. Y si se lo preguntaban en voz alta unos a otros, era inevitable que salieran a luz los viejos cuentos, viejos y nuevos, aunque ya no serían nuevos para nadie. Lo sabían todo. Sabían más que él, porque él se ocupaba de olvidar mientras ellos se entretenían recordando. Seguramente ellos tenían bien presentes los hechos contenidos en los cristales, no necesitaban más proyector que un «¿te acordás de...?». Y menear la cabeza con la consabida reprobación, quizás soltar una risa: «no puede con su genio», «es un caso perdido». Al final él iba a ser el único que ignoraba su propio secreto, y el miedo que había sentido al ver los cristales en manos del niño era el miedo a enterarse, a recordar. Era tanto lo que había olvidado... La vida había ido quedando vacía a su paso. Tierra arrasada. Virtuoso de la amnesia, había llegado a borrar rostros y nombres de las mujeres que constituían el elenco siempre cambiante de sus andanzas. Él olvidaba, y a ellas las dejaba sin ganas de recordar.

Un inmenso desaliento lo abrumó. Una cosa era haber renunciado a la autoestima, otra aceptar un destino realmente siniestro. ¿Sería eso de verdad, un enviado de las tinieblas, un demonio destructor? La vida que había llevado, esa vida de busca, de manguero, ¿no era más que una fachada convencional y pintoresca para cubrir su naturaleza de monstruo? No habría podido elegir un disfraz mejor. Si se hubiera hecho pasar por bueno (jamás lo había intentado siquiera) habría despertado sospechas, mientras que al presentarse como un canalla del montón, nadie seguiría investigando. Aunque tampoco era cuestión de darse tanta importancia. Como monstruo era bastante moderado. Después de todo, lo más grave de sus antecedentes era haberle arruinado la vida a todas las mujeres que se le habían acercado. Y era tan fácil arruinarle la vida a una mujer; era algo que se hacía solo.

Sí, el secreto debía de ser apenas ése: una mujer. O sea, casi nada, un anticlímax. El secreto sin secreto, la revelación ya revelada, la confesión ya confesada.

Llegó a la conclusión de que sus temores no tenían razón de ser. Y sin embargo persistían, como un motor que una vez que se echa a andar ya no puede detenerse. Quizás el miedo era un comienzo de redención; pero una cosa era redimirse, y otra reformarse. Él no cambiaría, de eso estaba seguro. No podía, materialmente. Tenía demasiados asuntos pendientes. Seguiría haciendo de las suyas hasta el fin de sus días.

14 de noviembre, 2007



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.